

"HOMO MECHANICUS"

CLARK CARRADOS

Homo Mechanicus

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/115

CAPÍTULO PRIMERO

El pie, inmóvil junto a los vidrios de la ventana, por los cuales resbalaba el agua de la lluvia que caía tan intensa como monótonamente, Derek Chandelar contemplaba la pulida superficie del astropuerto, abrillantado por los billones de gotitas que desde hacía una semana estaban cayendo sin interrupción alguna desde unas nubes situadas apenas a dos centenares de metros de altura.

En el absoluto silencio de la habitación, en donde sólo se oía el persistente rumor de la lluvia, alguien tosió repentinamente, Derek Chandelar volvió a medias la cabeza y exclamó:

—¿Decías algo, Jim?

Había otro hombre en aquel lugar, sentado en un sillón de escritorio y con los pies encima de la mesa, muy entretenido, aparentemente, en expulsar el humo del cigarrillo que fumaba, intentando vanamente conseguir algunos círculos con el producto gaseoso de la combustión del tabaco. Jim Mackenzie movió la cabeza y gruñó:

—No, Derek. Tosía solamente.

—Ah —contestó el primero, volviendo a su concentrado mutismo.

De nuevo reinó el silencio en la habitación. Durante diez minutos más, ninguno de los dos hombres habló. Parecía como si estuvieran recreándose con el rumor de la lluvia, que continuaba cayendo sin

cesar, llenando todo el panorama de un tono gris plomizo que deprimía y aplanaba notablemente los ánimos, predisponiéndolos a una melancolía en la cual había una buena dosis de pesimismo.

De pronto, Derek Chandelar se volvió. Caminó hasta la mesa y, echando hacia adelante el busto, pegó un fuerte puñetazo en ella, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Esto no puede seguir así, Jim! ¡Tenemos que hacer algo y pronto! ¿Me oyes?

La brusca acción de Chandelar cogió tan desprevenido a Mackenzie que estuvo a punto de caerse al suelo, por habérsele escurrido los pies de la mesa. Se enderezó, refunfuñando, de mal talante, con gesto agrio:

—No me des esos sustos, Derek. Mi corazón...

—Tu corazón un cuerno —mascculló Chandelar—. Lo tienes perfectamente, Jim, y tú lo sabes tan bien como yo. Deja ahora a tu víscera cardíaca en paz y escúchame.

Mackenzie hizo un gesto de resignación y dijo:

—Está bien, Derek. ¿De qué se trata?

—No deberías hacerme esa pregunta, Jim. Tenemos que hacer algo para salir del atolladero en que nos encontramos. Y pronto. De lo contrario, antes de dos semanas nos encontraremos pidiendo limosna en cualquier esquina de la ciudad.

—Eso no es nuevo para mi, Derek, y tal como se han estado poniendo las cosas en los últimos meses, lo raro es que estemos todavía aquí. Pero ¿qué podemos hacer?

—Algo. Algo que nos saque de esta atonía, de esta inacción en la cual permanecemos hace un año. Fuera —y el brazo de Derek se extendió, señalando un enorme cohete que permanecía vertical sobre su estructura, a mil quinientos metros del edificio, constantemente lavado por la lluvia—, tenemos nuestro lanzadera, parado, muerto de risa, cubriéndose de herrumbre todas sus estructuras metálicas. Arriba, amarrada a la Base Orbital 37, tenemos la «Pingüino», dando vueltas constantemente, devengando una bonita suma de dinero por cada giro completo que da alrededor de nuestro planeta sin que, como contrapartida, podamos decir que en este año hayamos ingresado un solo centavo de «garant» en nuestras arcas. ¿Quieres que te explique

por qué estamos así, Jim?

Mackenzie encendió pausadamente otro cigarrillo y dijo:

—No. Me lo sé de memoria. Sé de memoria que hemos llegado ya a unos tiempos en que la curiosidad por los viajes astronáuticos de recreo ha llegado a un grado de saturación tal, que prácticamente ha cesado por completo. Antaño resultaba muy bonito alquilar una nave e irse con ella a cualquier lugar del sistema en viaje turístico. Hoy... ¿sabes qué es lo que quiere la gente, harta ya de tanto viajar por las estrellas? ¡Una casita en el campo! ¡El colmo, vamos! Es como para renegar de este maldito oficio, de Einstein, de von Braun, de Sedov y demás brutos a quienes se les ocurrió la idea de los viajes por el espacio, sin dejarnos en el tintero a Verne y a Wells.

—Estoy en todo contigo, Jim —dijo Derek—. Ahora bien, si encontrásemos algo nuevo, quizá pudiéramos interesar a la gente. Algo que atrajese al público, sin desterrar de él su afición por las cosas campestres.

—Ye me dirás tú el qué —rezongó Mackenzie—. Hemos agotado todos los recursos y no se me ocurre nada nuevo que valga la pena. Primero fueron los viajes interplanetarios dentro de nuestro sistema. Luego, de repente, se descubrió el modo de viajar hasta las estrellas y eso fue la locura. Pero todas las locuras se pasan, especialmente cuando la gente de la Tierra se ha habituado a ver las más extrañas formas de otros habitantes, que son tan inteligentes o más que nosotros, pese a que parezcan algunos de ellos una zanahoria con antena. Se han visto ya en la Tierra tantos tipos raros, que la gente les presta menos atención que a un sello de correo. Y como sus ciudades, poco más o menos, son como las nuestras o, aun cuando sean algo distintas, carecen, en cambio, de los valiosos monumentos históricos que nosotros poseemos, el público terrestre no viaja, puede decirse, más que para los negocios o la luna de miel.

Chandelar encendió un cigarrillo y se dio un paseo por la estancia.

—Bueno —sonrió forzadamente al cabo —. Esto quiere decir que, si dentro de un par de meses no hemos encontrado una solución, vendrá el agente ejecutivo del fisco y nos embargará cuanto poseemos, ¿no?

Mackenzie tomó una hoja de papel de la mesa y la leyó atentamente durante unos segundos.

—No seas optimista, Derek —dijo—. El embargo se producirá dentro de veintidós días exactamente, si no encontramos una solución.

—¿Y qué haremos?

—No lo sé. En el ramo de astronautas hay exceso de personal, lo mismo entre los navegantes que entre los ingenieros y maquinistas. Nos sería difícil, muy difícil, hallar un empleo, de no contar con una fuerte recomendación,

—Ya sé a lo que nos dedicaremos, Derek —dijo resignadamente Mackenzie—. A ir a pie, recorriendo todo el territorio, ofreciéndonos a limpiar de hierbas los jardines por la comida y un paquete de cigarrillos.

—Me parece que incluso en esa parte encontrarías fuerte competencia, Jim.

—O a vender microperiódicos proyectables en pantalla de cine,

—Están los tubos neumáticos que los distribuyen a domicilio, aparte de los que se televisan hasta el aburrimiento.

—Bueno, pues entonces —dijo Mackenzie—, veré a ver si me contrato de «clown» en algún circo. El circo es una cosa que no ha muerto, sino que sigue tan viva y pujante como el primer día en que se inventó. A mí las facultades histriónicas no se me dan mal y, creo yo, podría divertir al público con cuatro chistes y dos bofetadas bien estrepitosas. Los tontos de circo siguen teniendo…

Chandelar extendió de pronto la mano, deteniendo en seco la verborrea de su amigo.

—¡Calla, Jim! ¿Has dicho entretener al público?

—Sí, pero…

—¡Un momento, un momento, Jim! Se me está ocurriendo una idea…

Mackenzie se puso en pie, alarmadísimo.

—Cuidado, Derek. Tus ideas me dan miedo. Recuerdo aquella vez que se te ocurrió organizar un campeonato de «slalom» nada menos que en Plutón, y la avalancha de metano congelado que se desprendió de las laderas del monte sepultó al Jurado. Nos costó un montón de «garants» la indemnización que hubimos de pagar y desde entonces, creo yo, fue cuando empezaron a rodarnos mal las cosas.

—Es que ahora no se trata de concursos de esquí, Jim, sino de otra

cosa mucho mejor.

—Bueno, ¿y por qué no te explicas?

—Verás... —dijo Derek, el cual, acto seguido, empezó a hablar durante un buen rato exponiendo su idea, hasta que la hubo detallado del todo.

—Hombre... —dudó, un poco Mackenzie—, en principio no está mal. Pero, ¿de dónde sacarías la estación espacial? ¿Con qué fondos cuentas para construirla? Y, sobre todo, que es por donde debemos empezar, ¿dónde está el dinero necesario para la adquisición de una órbita?

Chandelar juntó sus manos con fuerte chasquido.

—Podríamos vender la «Pingüino» —sugirió, ante lo cual, Mackenzie se puso en pie, alarmadísimo.

—¡No! —chilló—. ¿Quieres vender el auto para comprar la gasolina? Además, la «Pingüino» es ya un tipo anticuado, sólo con motores normales, y careciendo del disruptor subespacial, que le permitiría los viajes por las estrellas. ¿Cuánto crees tú que te darían por ese maldito cascajo?

Chandelar pareció ofenderse al escuchar las frases de su amigo.

—Está en perfectas condiciones de vuelo, abastecida de víveres y combustible para un año, y sin la menor posibilidad de una avería. Es antigua, si, pero construida en una época en que casi todos estos artefactos se hacían a mano. No hay peligro de una explosión repentina...

—Con un motor atómico nunca puedes estar seguro de lo que va a ocurrir al segundo siguiente de haber advertido que todo está en perfecto estado, Derek. De todas formas, estoy de acuerdo contigo en que la «pingüino» es una magnifica nave, pese a que no podamos salir con ella de nuestro sistema.

—Bueno, podríamos organizar el plan que te he dicho a bordo de la «Pingüino». Sería emocionante...

—No. Si hiciéramos tal cosa, deberíamos disponer de habitáculos con amplios ventanales, que permitieran una visión completa del espacio. Y nuestra nave sólo dispone de los ojos de buey imprescindibles para saber por donde vuelas, ¿comprendes?

—En tal caso —suspiró Derek—, no nos queda otro recurso que la estación espacial… o la ruina, Jim.

—La ruina, porque no tienes dinero ni para situar allá arriba un kilo de clavos, Derek —dijo con firmeza Mackenzie,

Chandelar tiró el cigarrillo al suelo. Lo pateó furioso, y comenzó a pasearse por la estancia, hasta que, de pronto se detuvo frente a la ventana, que seguía siendo lavada incesantemente por la lluvia. Permaneció así unos momentos, con las manos cruzadas a la espalda, y de pronto se volvió y me miró.

—Y tú, Kabé, ¿no tienes ninguna solución que darnos? —me preguntó.

* * *

Yo soy Kabé, el «robot», la máquina con figura enteramente humana casi perfecta. Y digo casi, porque en este mundo no hay nada perfecto y yo soy, a fin de cuentas, como una cosa hecha por la mano del hombre, perecedero. Acaso viva más que el común de los mortales, pero es obvio que un día u otro habré de ser destruido, bien porque mis mecanismos envejezcan, pese a su magnífica construcción, bien porque perezca en algún posible accidente sobrevenido en alguna de las numerosas aventuras a que, por mi condición de «robot» me veo obligado a intervenir como auxiliar de los humanos.

Como he dicho, no sólo ahora, sino en más de una ocasión, tengo una figura humana, tan bien hecha, que puedo pasar perfectamente por un hombre. Porque mi figura pertenece al «sexo» masculino y, la verdad, de ser un humano, habría muy pocos que pudieran compararse conmigo en apostura y gallardía.

Sin embargo, estas cualidades físicas externas sólo son la envoltura de los delicados mecanismos que hay en el interior de mi cuerpo. Diminutas bobinas, circuitos complicadísimos, válvulas extremadamente delicadas y una serie de artefactos más, de increíble precisión todos ellos, además de una diminuta pila atómica que es la que proporciona energía para mis movimientos, son los aparatos que componen mis «vísceras», entre las cuales destacan, naturalmente, las bobinas mnemotécnicas o de la memoria, en las cuales quedan grabados, de modo indeleble, todos los hechos y experiencias que se suceden y voy adquiriendo en el transcurso de mi robótica existencia.

Y ésta es una memoria que no falla nunca, a menos que falle también la energía de mi pila, en cuyo caso me convertiría, de modo automático, en un montón de plástico, acero y aluminio. Pero esto último no es fácil que suceda.

Como buen «robot», estoy inapelablemente sujeto al código robótico, cuyas leyes más fundamentales indican que no puedo hacer el menor daño a ningún ser humano, tanto por acción como por omisión; he de obedecer todas las órdenes emanadas de un humano, siempre que no sean para causar algún mal a otro humano y, por último, puedo defender mi «existencia», siempre que con ello no ponga en peligro alguna vida humana, Entonces debo sacrificarme y «morir».

Sin embargo, mi vida robótica ha sido, hasta ahora, muy diferente a la de los demás colegas. Me he relacionado tanto con los humanos, que mis circuitos han llegado a adquirir un cierto complejo de humanidad, si esta frase puede aceptarse, de tal modo, que aquellos a cuyo servicio estoy llegan a considerarme como uno más de ellos, teniendo siempre en cuenta que yo jamás pierdo de vista nuestras condiciones respectivas y que, en todo momento, aunque me pidan consejo, he de concluir obedeciendo sus órdenes, siempre que éstas, claro está, entren dentro de la línea del código robótico. Algunas veces, incluso, me permito alguna ironía o alguna chanza, siempre de fácil aceptación, pero sólo cuando entre los humanos que me tienen bajo sus órdenes y yo se ha establecido la suficiente corriente de confianza para poder permitirme tal cosa. Lo único que no puedo hacer, en absoluto, es tratarlos de tú, aunque ellos lo hagan; en ningún momento debo olvidar que, piense o no, soy una máquina y ellos unos seres vivos, humanos, con inteligencia natural, donada por Dios, y no artificial, como la mía debida a la mano del hombre que me construyó. Ésta es la diferencia fundamental entre «ellos» y yo. «Homo sapiens», alias hombre, contra «Homo mechanicus», alias «robot».

Y ahora, una vez más, y sin que esto sirva para falsos orgullos, me venían a pedir consejo. En aquellas circunstancias era muy fácil darlo, pues tenía pensada la respuesta.

—Recurra a la señorita Shute, Derek —dije.

El rostro del joven, porque Chandelar aún no había cumplido los treinta años, se ensombreció.

—¿Es eso lo único que se te ocurre, Kabé? ¿O es que se te enmohecen los circuitos?

—Kabé tiene razón —dijo Mackenzie—. Si quisieras hablarle a Allison...

—¡Jamás! —negó Derek con energía—. ¡Jamás recurriré a ella...!

—Es estúpido encerrarte en una cáscara de vano orgullo, cuando sabes que Allison está deseando que abras la boca para firmarte un cheque, Derek —masculló Mackenzie.

—No lo hago por ella —dijo Derek—, sino por su padre.

—¡Ah!, temes al potentado financiero señor Shute, ¿eh?

—Si se me permite intervenir —murmuré con suavidad—, diré que a Derek lo que le molesta es acudir a Allison como un fracasado, que es precisamente lo que está deseando el señor Shute. El señor Shute —continué— tiene ganas de soltar el timón de sus empresas en manos de un hombre joven, inteligente y enérgico como Derek y dedicarse a la pesca y al golf. Pero esto a Derek no le gusta, porque es un genio independiente y quiere labrarse su propia posición por si solo, sin ayuda extraña, cosa que le honra, ciertamente.

—Pero que no ayuda a solucionar nuestros problemas —rezongó Mackenzie—, Shute es un tipo anticuado, a quien sólo la palabra astronáutica ya ofende gravísimamente, y es muy conservador en su manera de entender los negocios.

—Lo cual no impide —dijo irónico Derek—, tener grandes intereses en la Compañía de Viajes Transestelares, la más fuerte del ramo.

—Pero él no vuela, y, además, las acciones de la C. T. V. producen «garants», que es lo interesante.

—Está bien —dijo el joven, cortando aquella discusión que apenas si tenía nada que ver con nuestro asunto, y digo nuestro, porque yo también lo consideraba un poco mío—. Está, bien, o buscamos una solución u os mando a todos al...

Levanté una mano y los dos humanos me miraron.

—¡Un momento! —dije—. Creo haber encontrado la solución.

—Vamos, exponla, Kabé.

—Sí, sí; ¿de qué se traía?

—En principio —dije, acariciándome el mentón con un gesto

típicamente humano—, diré que repruebo la idea de establecer un casino allá arriba, en una órbita. Dejando de lado los problemas que presentará la ausencia de gravedad, en digamos el manejo de las cartas y fichas, cosa que no dudo podríamos solucionar con cierta facilidad, dejando de lado estos problemas, repito, creo que he hallado la forma de obtener una solución práctica y baratísima, tanto que no les costará otro gasto que el que ya tienen hecho de combustible y víveres para su «Pingüino».

—Entonces, ¿qué demonios de estación espacial va a ser ésta, Kabé? —preguntó Derek.

—Pues… una muy fácil de hallar y que abunda en el cielo casi tanto como los granos de arena en una playa.

Mackenzie saltó de su asiento, gritando:

—Ya está, ya sé lo que quieres decir, Kabé. Atrapar un asteroide, un pedrusco de esos que pululan entre Marte y Júpiter por decenas de millares y traérnoslo hasta aquí, fijándole luego una órbita en torno a la Tierra, ¿no es eso?

Incliné la cabeza respetuosamente.

—Exactamente, lo que usted acaba de decir, Jim —contesté.

Derek abrió la boca, como si quisiera presentar alguna objeción, pero en aquel momento alguien llamó a la puerta. Los tres, al unísono, miramos en aquella dirección.

Fue Jim Mackenzie el que, cruzando a largas zancadas la estancia, llegó hasta la puerta, abriéndola y dejando ver la imagen de un persona embutida de pies a cabeza en un chorreante impermeable. El humano sonrió y dijo:

—¿La Sociedad Chandmack de Viajes Interplanetarios?

Mackenzie se echó a un lado.

—Está usted en su sede social. ¿Tiene la bondad de pasar?

CAPÍTULO II

Dirigí mis circuitos visuales hacia el recién llegado que, en aquellos momentos, y ayudado por Mackenzie, estaba despojándose del impermeable que lo había preservado de la lluvia. Echando hacia atrás su cabeza, sacudió con un gesto típicamente femenino sus largos cabellos cenicientos y luego se acercó a la mesa, junto a la cual, el asombrado Chandelar le ofrecía un asiento.

Era una mujer muy hermosa, aunque ya no joven del todo, pues ya andaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Sin embargo, todavía estaba en disposición de alterar las vísceras cardiacas de más de un humano masculino a poco que se lo propusiera. Encendió un cigarrillo con displicencia y dijo:

—Me llamo Joan Hartdow y necesito de los servicios de la compañía. ¿Pueden llevarme a Marte lo antes posible?

Derek y Mackenzie se miraron como consultándose en silencio. Ei primero respondió cautelosamente:

—Poder, sí podemos, señorita...

—Señora —le corrigió ella.

—Señora Hartdow. Pero ¿por qué viene a nosotros precisamente? Alquilar una nave como la nuestra le costará, diciéndoselo ya por anticipado, un buen puñado de «garants». En cambio, por la centésima parte de lo que nosotros le cobremos, puede adquirir un pasaje en una nave de línea que...

—Me interesa viajar sola —dijo ella, con cierto tonillo de impaciencia fácilmente captado por mis bobinas auditivas—. Sola y con la mayor rapidez posible —concluyó con aire imperativo.

Mackenzie emitió una sonrisita conejil.

—En fin, señora Hartdow; si usted se pone así, nosotros no tenemos nada que oponer, naturalmente, siempre que abone el importe de su viaje. Ya le hemos advertido que le costará...

—¿Cuánto? —cortó ella secamente.

Derek abrió la boca para hablar, pero Mackenzie se le anticipó, mencionando una cifra que me alborotó notablemente. «¡Ladrón!», murmuré para mis válvulas.

Joan Hartdow no pestañeó siquiera. De su bolso extrajo un talonario de cheques y, con la pluma que le había ofrecido el propio Mackenzie, escribió en él la cantidad mencionada. Firmó enérgicamente y luego arrancó la hoja y la lanzó sobre la mesa.

El propio Mackenzie recogió el cheque; al mismo tiempo que decía:

—Extenderemos un recibo...

—No es necesario —cortó ella secamente. Se puso en pie y preguntó —: ¿Cuándo salimos? Tengan en cuenta que necesito partir cuanto antes; ahora mismo si ello fuera posible.

Derek movió la cabeza.

—Lo siento, señora Hartdow, pero habrá de esperar al menos veinticuatro horas. Antes es complejamente imposible hacerlo.

La rubia palideció.

—¿Tanto? Yo vine aquí convencida de que podríamos partir mucho antes.

—Verá —contestó el joven—, hay una cosa para la cual no hay ningún lubricante conocido y que se llama burocracia. Hemos de despachar nuestros papeles en la Aduana del Espacio, sin lo cual el Capitán de órbitas no nos permitiría la salida hacia Marte, pues enviaría inmediatamente una patrullera a detenernos y hacernos volver para cumplir con tal requisito, con la consiguiente pérdida de tiempo y combustible. Después...

—No siga —cortó la señora Hartdow—. Creo en lo que usted dice. Bien, entonces... ¿veinticuatro horas?

—Así es —contestó Derek—; y esto porque contamos con que las amistades que poseemos nos solucionarán otros muchos trámites que, de forma ordinaria, nos llevarían otro tanto. Pero en este plazo podemos garantizarle que estaremos listos, señora Hartdow

—Muy bien, pues, de acuerdo —la rubia fue hacia el colgador donde tenía el impermeable, y se volvió de espaldas para facilitar a Mackenzie la labor de ayudarle a colocárselo.

Después se acercó a la puerta, pero antes de salir se detuvo. Pareció recapacitar unos momentos, y luego giró casi en redondo.

—Quisiera pedirles un nuevo favor.

—Usted dirá, señora Hartdow —se ofreció Derek.

—Me gustaría que fueran a recogerme al «Claridge». Uno de ustedes, cuando menos.

Derek parpadeó. La cosa era bastante extraña, pero hombre acostumbrado a las rarezas de la clientela, se inclinó y dijo:

—Mientras el señor Mackenzie alista la nave, yo iré a buscarla al «Claridge» a las… —consultó su reloj de pulsera y dijo—: a las cuatro y media en punto. ¿Le conviene?

—Perfectamente, señor Chandelar. Pero, ¿no pueden ir los dos?

Derek me miró a mí y dije:

—Iremos los dos, señora Hartdow.

Tras esto, la rubia se marchó. Vimos que a doscientos metros del edificio había dejado su coche, en el cual se metió y, tras ponerlo en marcha, arrancó súbitamente a gran velocidad, esfumándose tras la cortina de lluvia en contados segundos.

Hubo unos momentos de silencio; después, Derek, tomando el cheque, empezó a saltar y danzar por la habitación, al mismo tiempo que emitía unos alaridos dignos de un comanche en el sendero de la guerra.

—¡Viva, viva! ¡Estamos salvados! ¡Ahora podremos ejecutar nuestro plan, Jim!

Mackenzie se acercó al joven y le tomó el cheque.

—Bueno, bueno —refunfuñó—, baila todo lo que quieras, pero no estropees nuestra fortuna. Además —dijo, echando un jarro de agua fría sobre las ilusiones de su amigo—, hasta que no haya comprobado la autenticidad de la firma no estaré seguro de que es válido.

—¿Quieres decir… que puede tratarse de una falsificación? —sugirió Derek.

Pero Mackenzie ya no le contestaba; en aquellos momentos estaba muy ocupado pidiendo comunicación con el banco contra el cual se había librado aquel talón. La imagen de un funcionarlo apareció en la pantalla del fonovisor.

—Sí —contestó el hombre—, es perfectamente válida.

—Muy bien —contestó Mackenzie—. Fotografíe el cheque e ingrese su importe en la cuenta de la Chandmack de Viajes Interplanetarios. Ya dispondremos nosotros de su importe según las necesidades de la entidad.

El empleado asintió. Desapareció un segundo de la pantalla, reapareciendo casi instantáneamente, armado de una cámara automática. Hubo un fogonazo y luego dijo:

—Envié el cheque por correo cuanto antes, señor. Muchas gracias.

Lista ya la parte monetaria, Derek apartó a su amigo del fonovisor, estableciendo comunicación con determinado número de la ciudad. Al ser contestada la llamada, apareció en la pantalla el delicioso y juvenil rostro de una muchacha de veinte o veintiún años de edad, en cuya bien trazada boca apareció al instante una sonrisa de contento.

—¡Derek! —exclamó Allison Shute—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué me has tenido abandonada durante tanto tiempo?

—Nena, no te preocupes ahora de eso. Lo más importante es que hemos encontrado trabajo y que si las cosas nos van bien antes de muy poco podremos casarnos.

Allison palmoteó toda satisfacción.

—¡Qué bien! Y dime, Derek, ¿qué clase de trabajo es ése?

El joven explicó a Allison todo lo que acababa de ocurrir, pero cuando terminó vio que el rostro de su prometida había perdido toda la alegría que hasta entonces lo había iluminado.

—¿Has dicho la señora Hartdow?

—La misma, nena. ¿Es que la conoces tú?

Allison no contestó directamente. Exclamó muy enérgica:

—Olvida ese viaje inmediatamente, Derek.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, Allison?

—Lo que has oído, Derek. Que canceles tu compromiso con la señora Hartdow.

—¡Eso es imposible, Allison! Tenemos ya un compromiso establecido con ella; nos ha pagado por adelantado el importe del viaje y…

—Yo lo reembolsaré todo, incluso la indemnización que os pida por concepto de daños y perjuicios por ruptura de compromiso. Pero quiero que te olvides inmediatamente de la señora Hartdow, ¿me oyes?

—Perfectamente, nena; pero sigo insistiendo en que eso que me pides es algo que no puedo hacer, porque, sencillamente, no estoy acostumbrado a romper mis compromisos. Lo mismo que tu padre, ¿sabes?

—Los negocios de papá son muy distintos, Derek. Haz lo que te digo.

—¡No!

—¡Derek!

El joven dio un puñetazo sobre la mesa de tal modo que hizo bailar el fonovisor, y la imagen de la muchacha perdió por unos instantes la definición de sus contornos.

—Derek, si no haces eso que te digo…

—¡Un momento! —exclamó el joven, reparando en algo de lo que hasta entonces no se había dado cuenta—. Allison, ¿puede saberse de qué conoces tú a la señora Hartdow? Y no solamente eso, sino por qué te interesas tanto para que yo no la lleve a Marte.

—Es cosa que no te interesa, Derek. Haces lo que te digo o… o de lo contrario… —la mano derecha de la joven forcejeó con la izquierda y luego enseñó en ella un arito de oro con un rubí.

—¿Qué significa eso, Allison?

—Uno de los dos compromisos va a quedar roto ahora mismo, Derek. La elección queda a tu libre albedrío.

—Pero, nena, ¿por qué…?

—Contesta de una vez, Derek, y no me entretengas con dilaciones. ¿La señora Hartdow… o yo?

—¿Celosa? —trató de bromear el joven.

—¡Estúpido! —le insultó ella—. Contesta de una vez y no me hagas

perder más el tiempo.

La mandíbula de Chandelar se endureció repentinamente.

—Muy bien, Allison; puesto que lo tomas así, me quedo con mi cliente.

La comunicación se quedó cortada al instante, y luego Derek, inspirando profundamente, quedó inclinado, con ambas manos apoyadas sobre la mesa. Mackenzie se le acercó y le palmeó los hombros, tratando de animarle.

—¡Ea!—dijo—. No hay que ponerse así, muchacho. Las mujeres son así; cuando les da la ventolera por...

Derek sacudió la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa, Jim, sino su obstinación en hacernos romper el compromiso contraído con la señora Hartdow. ¿De dónde y por qué la conoce y qué motivos tiene para enojarse tanto? ¿Por qué se empeña en que no seamos nosotros los que llevemos a la señora Hartdow a Marte?

—Si se me permite una sugerencia —dije respetuosamente—, acaso la actitud de su prometida, Derek, tenga algo que ver con el miedo de la señora Hartdow.

La sorpresa de los dos socios fue mayúscula al oír mis palabras.

—¿Miedo?

—¿Como lo sabes, Kabé?

—Me fijé en varios detalles, que estoy seguro de que no les pasaron a ustedes inadvertidos. En primer lugar, la señora Hartdow tiene mucha prisa por llegar a Marte. Tanta, que no le importa pagar una suma escandalosa por el viaje.

Mackenzie enrojeció al comprender, mi alusión, pero yo continué como si no le hubiera visto.

—Y luego está su insistencia en que alguno de nosotros vayamos a buscarla al «Claridge». Si esto último no es procurarse una especie de guardaespaldas, que me rompan el tensor del brazo derecho.

Los dos socios se dirigieron mutuamente una larga mirada.

—Pues tiene razón Kabé —dijo Derek.

—Es cierto —corroboró Mackenzie, quien, tras breve momento de reflexión, añadió—: Oye, Derek, y puesto que las cosas están así, ¿no sería mejor que hiciésemos lo que tu prometida nos ha aconsejado?

El joven sacudió la cabeza con energía.

—¡Ni hablar! Si doy una palabra, la cumplo siempre, cueste lo que cueste. Llevaremos a la señora Hartdow a Marte, aunque Allison me deje plantado. Si tiene celos...

—No lo creo —dije —. La señora Hartdow es muy bella, pero cuando menos tiene quince o dieciséis años más que su prometida y esto es una desventaja. Hay alguna otra cosa, relacionada íntimamente con el miedo que está pasando la señora Hartdow, y que ha sabido disimular bastante bien, al menos en su aspecto externo, que es lo que ha puesto tan furiosa a Allison. Qué cosa es, no puedo decirlo, pero si asegurar desde aquí, sin temor a equivocarme, que nos va a traer muchos disgustos.

—¡Kabé! ¡Desconecta el circuito del pesimismo! —me reprochó Derek,

—Está desconectado, Derek —respondí—. Sabe de sobra que soy un «robot» y que mi condición me impide la mentira.

—Está bien —refunfuñó el joven de mala gana—. De todas formas, ya no puedo ni quiero echarme atrás. Jim, si te parece bien, después de haber dejado a la señora Hartdow en Marte seguiremos hasta el Cinturón de Asteroides para tratar de capturar el que nos conviene.

—¿Y cómo haremos para remolcarlo hasta aquí?

El joven sacudió la cabeza.

—No lo remolcaremos. Estamos tratando de hallar una piedra de dos o tres kilómetros de diámetro, a la cual fijaremos varios «Jato[1]» de gran potencia, cuyo encendido se hará por control radial remoto, disparándolos en el momento en que el computador de órbitas nos lo señale. Otro equipo de «Jato» servirá tanto para decelerar como para establecerlo en su órbita definitiva en torno a la Tierra.

—¿Y entonces? No puedes instalar tu casino al aire libre... perdón —se sonrojó Mackenzie por el involuntario resbalón—. Quise decir en el vacío. A la gente no le gusta la escafandra si no es para divertirse un poco jugando a los astronautas. Pero, si quiere pasar un buen rato, le

gustará una sala con todas las comodidades, incluso ellas luciendo sus trajes escotados y ellos de etiqueta.

Derek sonrió.

—Cuando vean que tenemos en órbita un pedrusco de dos o tres kilómetros de diámetro, las ofertas de colaboración económica nos van a sobrar, Mackenzie. Estudiaremos las más convenientes, que, naturalmente, serán las menos onerosas para nosotros y...

Mackenzie le interrumpió.

—Me admira tu fe, Derek. Está bien; si vamos a partir mañana a estas horas, creo que debemos empezar a prepararlo todo, ¿no?

—Exactamente, Jim. Mira, tú ocúpate del papeleo y procura que en la Aduana del Espacio te despachen cuanto antes. Entretanto, yo iré a calmar el insaciable apetito del fisco y el de nuestros proveedores. Nos reuniremos en la «Pingüino» mañana, a las siete de la tarde, hora Greenwich.

—Muy bien, de acuerdo, Derek; pero ¿cómo me las apaño yo para llegar hasta la Base Orbital donde tenemos aparcada nuestra nave? Porque tú querrás el lanzadera para ti y la señora Hartdow, ¿no?

—Saca un billete en el lanzadera Cuarenta, que sale del astropuerto nacional a las once treinta. La «Pingüino» está bien y poco tiempo te ha de llevar revisar sus controles, ¿no?

Mackenzie asintió y, colocándose su impermeable, se marchó de allí. Por mi parte, yo me quedé con Derek, ayudándole en lo que el joven tenia que hacer hasta el día siguiente en que, despachado ya todo el papeleo, nos dirigimos en nuestro helicóptero hacia el «Claridge» con objeto de recoger, tal como como habíamos convenido, a la señora Hartdow.

Aterrizamos en la terraza del hotel, dirigiéndonos luego al ascensor, tras haber preguntado en recepción por el número de su habitación. No nos pusieron el menor inconveniente cuando Derek manifestó que ella ya nos aguardaba, y la verdad, como el piso en que estaba su apartamento era uno de los más altos, poco tiempo estuvimos dentro del ascensor.

Llegamos a su habitación y Derek llamó con los nudillos.

Insistió viendo que sólo le contestaba el silencio.

—¡Qué raro! —murmuró—. ¿Se habrá largado? En todo caso ella es la que pierde su dinero y…

—No lo creo —repuse—. La señora Hartdow estaba muy asustada y parecía necesitar mucho de nosotros. Acaso esté durmiendo…

—¿A las cuatro y media de la tarde?

—La siesta —repuse, aún a sabiendas de que los nervios no habrían dejado dormir mucho a nuestra cliente.

—Bien, si no está…

—¿Por qué no entramos dentro? Acaso esté en el baño y no nos oiga. Las mujeres, ya se sabe, dicen a una hora, pero luego resulta que siempre es otra.

—Tienes razón, Kabé. ¡Vamos!

Derek hizo girar el pomo de la puerta y penetramos en el apartamento.

El recibidor estaba en orden y desierto. Derek se detuvo y llamó:

—¡Señora Hartdow!

Nada. Silencio absoluto. Derek me miró desconcertado y luego, sin poderse contener, echó a andar. Le seguí y pasamos al dormitorio.

Apenas hubimos entrado en aquella habitación comprendimos inmediatamente las causas del silencio de la señora Hartdow, el cual, según pude apreciar instantáneamente, iba a ser eterno, como lo demostraba el redondo orificio, ya negro, que tenia a la altura del pecho, exactamente en el lugar que ocupaba su corazón.

Durante unos momentos permanecimos allí quietos, estupefactos, notando yo en mi interior una leve elevación de temperatura debido al inesperado trabajo que había recaído sobre mis circuitos. Los refrigeré convenientemente y luego avancé hacia el lecho en donde yacía la muerta.

Apenas lo había hecho reparé en un detalle captado rápidamente por mis células visuales: la inerte mano de la señora Hartdow sostenía entre sus dedos ya helados por la muerte una sortija de oro con un pequeño rubí.

Derek la vio también al instante y lanzó una aguda exclamación.

—¿Qué le ocurre, jefe? —inquirí.

—¡Es… es la sortija de compromiso que yo regalé a Allison cuando nos prometimos!

CAPÍTULO III

Los tiempos cambian, y constantemente aumenta el grado de civilización, pero los sentimientos humanos son idénticos en todas las épocas. El hombre de Neanderthal mataba con una piedra atada a un palo, y el hombre del siglo XXII mata con una pistola. El resultado, míresе como se mire, es siempre el mismo, y la venganza de la tribu ha sido sustituida por la policía de los tribunales de justicia, cosa que tampoco contribuye a alterar el fondo de las cosas. Una persona ha muerto violentamente, y su matador ha de pagar esa muerte; tal es la consecuencia.

Sin embargo, en aquellos momentos, estoy seguro de ello, lo único en que pensaba mi joven amigo Derek era en salvar a la muchacha de las posibles consecuencias de su crimen, la menor de las cuales no era precisamente el conseguir salvar su vida y cambiarla por una condena perpetua en la penitenciaria do Plutón, la Fortaleza Negra, como la llamaba el común de los mortales en un lenguaje gráfico y terriblemente expresivo. El anillo de compromiso que estaba en la mano de la muerta delataba con toda claridad a la autora del crimen, y con un indicio mucho menos significativo la policía ha conseguido en otras ocasionas más de un triunfo que, diciéndolo claramente, no ha sido señalado todo lo debido que se merecía.

Joan Hartdow no parecía haber sufrido mucho. Su muerte debía haber sido casi instantánea, por lo que su bello rostro no había tenido tiempo de adquirir la peculiar deformación de una persona que muere violentamente, sabiendo de antemano la horrenda suerte que le espera. En mi opinión, el disparo fatal había sido hecho a muy corta distancia, por sorpresa, tanto que hasta hubiera jurado que incluso se había hecho luego contra ella aprovechando su sueño, puesto que aparecía con las sábanas cubriéndola hasta la cintura y solamente un sencillo pijama encima.

Esto me hizo pensar que Joan Hartdow llevaba ya muchas horas

muerta. Toqué el dorso de su mano izquierda y los sensibles termostatos de mis mecanismos internos hallaron la carne completamente fría. Levanté luego la mano, dándome cuenta de que el «rigor mortis» aún no se había presentado, pero que no tardaría mucho en hacerlo tampoco. Tales indicios me dijeron como hora más probable de su muerte la de las diez de la mañana, aproximadamente, cosa que demostraba que la señora Hartdow no era precisamente una persona que gustara de los bellos amaneceres.

Era raro, sin embargo, que no se hubieran dado cuenta en el «Claridge» de tal suceso. Lo achaqué a que habría dado orden sin duda de que no se la molestara. Pero ¿las cuatro y media de la tarde y sin comer ni desayunar ni tampoco ninguna camarera que hubiera entrado a arreglar el apartamento?

Era algo muy extraño.

De todas mis elucubraciones me sacó la voz de Derek; quien lanzó un sonoro juramento, al mismo tiempo que, de un manotón, arrancaba la sortija de compromiso y se la guardaba en el bolsillo.

—Jefe —dije en tono de reproche—, usted no puede hacer eso. La policía...

—¡La policía un cuerno! —mascculló el joven—. Si encuentran la sortija en manos de la muerta verás tú cuánto tardan en dar con Allison. Y yo no quiero que suceda eso, ¿sabes?

—Bueno —murmuré, conformándome—, usted es un humano y manda. Aparentemente, sus acciones están encaminadas a proporcionar un bien a otro humano, de modo que mis circuitos no me impiden aprobar su gesto. Pero aquí, «inter nos»...

—¡Tú y tus malditos consejos robóticos, Kabé! Déjame ya en paz, ¿sabes? Allison ha estado aquí; eso es evidente, y yo quiero averiguar qué razones tenía para no sólo impedir nuestro compromiso con la señora Hartdow, sino venir a visitarla. ¿Qué relaciones las unían, Kabé?

—Yo no soy su prometida, jefe. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Lo haré —dijo, rabioso—, después de que haya avisado a la policía.

—Eso me parece muy bien, jefe. Se sabe que hemos preguntado por la señora Hartdow y que hemos venirlo a su apartamento. Como hemos llegado ahora, nadie podría acusarnos, pues ésta ha sucedido hace al

menos seis o siete horas. De modo que nosotros estamos libres de sospechas y no tenemos que temer nada, a no ser el inevitable retraso que esto nos proporcionará.

—Es lo de menos, Kabé —gruñó el joven. Acto seguido me miró y dijo —: Te ordeno que olvides la sortija, ¿me comprendes?

—Por supuesto, siempre que no me pregunten por ella. Ya sabe que no puedo mentir.

—La policía te interrogará, como a mí, Kabé. ¿Qué contestarás si te preguntan por lo que pudiste ver aquí?

—La policía me interrogará sabiendo que en todo momento he de decir la verdad. Sin embargo, y aunque mis declaraciones son útiles a electos de las ulteriores investigaciones que ellos lleven a cabo, no son válidas ante un tribunal. El jurado no admite nunca la declaración de un «robot», aun sabiendo que éste va a decir estrictamente la verdad, precisamente porque es, somos mejor dicho, unas máquinas. Y en los tribunales se juzga a los humanos, no a las máquinas; conque todo lo que yo diga no serviría para nada, a no ser para proporcionar valiosos indicios a la policía. Sin embargo, ésta se hallará en su derecho al buscarse un robot psicológico que sepa dónde flojean mis circuitos, y...

—¡Basta! —cortó el joven secamente—. He llegado a una decisión; no llamaremos a la policía, pueden tardar varias horas en descubrir el cadáver, que son las que nosotros necesitamos para llegar a la «Pingüino» y emprender el viaje. De lo contrario, me harían quedar aquí y eso nos causaría graves trastornos económicos, ¿comprendes?

Asentí. Esto era precisamente lo que yo había tratado de sugerir a Derek, aunque no por la vía directa. Sabiendo que él no había sido el autor de la muerte, lo demás, hasta cierto punto, me tenía sin cuidado.

—Muy bien —dije—; vámonos pues.

Tratando de no tocar nada, salimos cautelosamente de la estancia, en donde yacía la señora Hartdow, sumida ya en un sueño eterno. Aun sin conocerla, no pude por menos de sentir fuertemente influenciada mi bobina de la lástima. Aún era joven y bella cuando murió y podía haber vivido largos años de felicidad, que alguien había truncado de un modo tan brutal como inmisericordioso.

Desde luego, el asesino no podía ser Allison.

No hablamos apenas durante nuestro viaje de regreso al astropuerto. El escaso personal de tierra, más escaso aún desde que por la exigüidad de los ingresos, la Chandmack se había visto obligada a reducir la nomina, nos recibió en el lugar destinado al aparcamiento de helicópteros. Bud Corrigan, jefe de la media docena de humanos que aún estaban allí empleados, nos saludó.

—Jefe, la señorita Shute está allí, en la oficina.

—¿Eh?

—Sí; y además hay también dos personas más, pero éstas no sé quienes son. No quisieron dar su nombre.

Derek no contestó; echó a correr hacia su oficina, abriendo la puerta fuertemente.

—¡Allison! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

La muchacha, según pude apreciar, estaba muy pálida, pero mantenía su serenidad a fuerza de energía. Se enderezó y dijo:

—Te aguardaba, Derek.

—Yo también quería verte a ti, Allison. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás aquí?

—Querido —dijo ella—, vine solamente a decirte que he cambiado de opinión. Lamento mi terquedad de ayer tarde y... Bueno, por mí no hay inconveniente alguno en que vayas a Marte con la señora Hartdow.

Derek meneó la cabeza de derecha a izquierda.

—Allison —dijo muy lentamente—, eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso deshiciste ya el trato?

—Alguien lo ha hecho ya por mí.

—¡Derek! Pero si precisamente ayer por la noche estuvo Jim a verme. Me habló de lo mucho que tú me querías, de tus ansias de independencia y... bueno, de muchas cosas más. Total, que como tiene un pico de oro, cosa que yo ignoraba, acabó convenciéndome y claudiqué.

—Seguramente no ha tenido tiempo de decirme nada, esperando, sin


duda, a vernos ya a bordo de la «Pingüino», cariño. Pero ya no puedo llevar, como te he dicho, a la señora Hartdow a Marte.

—No te entiendo, Derek.

Por toda contestación, el joven sacó de uno de sus bolsillos la sortija de compromiso y la mantuvo en alto, de modo que Allison pudiera reconocerla con toda facilidad.

—¡Derek! ¡Ésta es la sortija que me regalaste tú!

—Sí, la misma; y estaba en la mano de la señora Hartdow.

—Derek, ¿qué quieres decir con todo esto?

—Eso es lo que yo quisiera saber, Allison —contestó él con duro tono —. ¿Por qué te opusiste desde un principio tan enconadamente a nuestro viaje? ¿Pensabas anoche, cuando le diste a Jim tu conformidad, asesinar a la señora Hartdow?

La muchacha retrocedió un par de pasos, con los ojos completamente dilatados por el espanto, al mismo tiempo que se llevaba las manos a las mejillas.

—¡Derek! —gritó,

—Es la pura verdad, Allison. La señora Hartdow está muerta; nos la encontramos así no hace aún media hora cuando, siguiendo las instrucciones que nos dio ayer, fuimos a buscarla al «Claridge». Y en su mano estaba la sortija, ¿lo entiendes? Kabé lo ha visto y no me dejará mentir. ¿No es cierto, Kabé?

—Si —contesté lacónicamente.

La muchacha me miró a mi y luego a su prometido.

—Derek, supongo que no me creerás a mí autora de esa muerte, ¿verdad?

—Las pruebas están harto concluyentemente en contra tuya, Allison.

—¡Pero yo no he sido!

—¡La sortija estaba allí!

La muchacha se retorció las manos.

—Derek —dijo al fin, jadeando—, es cierto que... Oh, no quería habértelo dicho..., pero estuve con ella esta mañana... a las nueve y media. Hablamos un poco, no mucho, porque la señora Hartdow estaba de malísimo humor por haberle interrumpido el sueno. Cuando terminamos, y mientras salía, la oí telefonear al «comptoir», echando venablos, y diciendo que quería reanudar su sueño y que no debía ser molestada nuevamente por nada que no fuera el hundimiento del propio hotel.

—Eso explica —dije— el hecho de que hasta ahora no hayan encontrado el cadáver. Bien —añadí—, ¿y sabe alguien que usted estuvo en el hotel, señorita Shute?

La muchacha se tapó la boca con una mano, mirándome espantada.

—Sí —balbuceó—. En el «comptoir» me reconocieron y... y hasta se sintieron amables y enviaron a una camarera a que me acompañase hasta la puerta...

—¡Malo, malo! —comenté—. Eso es lo peor que podía haberle sucedido, señorita. En cuanto descubran el cuerpo de la señora Hartdow y, sobre todo, averigüen la hora aproximada de su muerte, relacionarán los hechos con usted, y no tardarán en dar una orden general de busca y captura.

—De modo que el haberme llevado yo la sortija de allí no ha servido para nada —dijo rabioso el joven.

—Eso es, salvo que quiera conservarla como recuerdo —dije, mirándole fijamente.

Pareció como si Derek adivinara lo que pasaba por mis circuitos. Tomó del brazo a la muchacha, con gesto impulsivo, y exclamó:

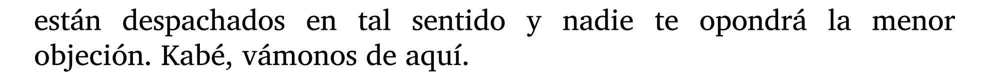
—¡Allison, no se hable más del asunto! ¡Ahora mismo te vienes con nosotros de viaje!

—¡Derek... pero... pero si no tengo preparado mi equipaje! —objetó ella con la falta de lógica que suele esperarse de una cabeza femenina.

—¡Al diablo el equipaje! —masculló el joven—. Ya te compraremos en Marte y...

—No tengo documentación, Derek.

—Pasarás como si fueras la señora Hartdow. Los papeles de la Aduana


están despachados en tal sentido y nadie te opondrá la menor objeción. Kabé, vámonos de aquí.

—Sí —y en aquel momento hubo un chispazo súbito en una de mis bobinas memorísticas—. Jefe, si mal no recuerdo, Corrigan dijo que había dos personas esperándole.

—¡Que se vayan al…!

—No sea tan impulsivo, jefe —le interrumpí—. Aguarde a ver qué es lo que quieren.

—¿Y si son policías? —objetó temerosamente la muchacha.

—Si lo fueran —dije— no habrían esperado tanto. Y menos en un caso de homicidio. Vea quiénes son, Derek.

El joven asintió, yéndose hacia la habitación inmediata, que era una especie de salita de espera. Abrió la puerta y al momento dos hombres se pusieron en pie.

Uno de ellos era de mediana estatura, obeso, con párpados bolsudos y gran papada que se desbordaba por encima del cuello de su camisa. El otro no parecía tener ninguna señal que lo distinguiese particularmente de la inmensa mayoría de los mortales. Ni alto, ni bajo, en cualquier lugar hubiera podido pasar por un resignado burócrata de esos que enmohecen tras la ventanilla de una dependencia oficial.

—¿El señor Chandelar, supongo? —dijo el gordo.

—El mismo, señores. ¿Puedo servirles en algo?

—Sí, pero…

El gordo se interrumpió, mirándonos a nosotros. Derek se dio cuenta y trató de tranquilizarle.

—La dama es la señora Joan Hartdow, quien ha contratado mi nave para un viaje particular a Marte. Y éste es Kabé, un «robot», provisionalmente alquilado por la Compañía Chandmack.

—Gracias, señor Chandelar —repuso el panzudo—. Me llamo Salomón Villa, y mi compañero es el señor Cover Higgs.

—Encantado —saludó Derek—. ¿Y bien?

—Celebro que haya mencionado usted lo del viaje a Marte, señor Chandelar. Esto nos ahorra preámbulos enojosos.

El joven arqueó una ceja.

—¿Debo deducir de sus palabras, señor Villa, que tienen ustedes intenciones de viajar en la «Pingüino» hasta Marte?

Villa inclinó levemente la cabeza. No podía ser mucho, porque su grueso cuello se lo impedía.

—Exactamente, salvo que usted no tenga graves impedimentos que ponernos, capitán Chandelar.

Me di cuenta de que Villa daba al joven un tratamiento que, en realidad, no le correspondía, pero tampoco íbamos a hacer de esto una cuestión de protocolo. Derek me miró y moví mis párpados afirmativamente. A la Compañía, ¡qué hombres!, le hacían falta los dineros, y si aquellos humanos estaban dispuestos a proporcionárselos, ¿por qué rehusarlos?

—Está bien —dijo Derek—; únicamente queda en pie la cuestión de sus documentaciones respectivas, sin hablar, naturalmente, de la económica, que debe ser tratada con el representante de la Compañía, yo en estos momentos.

Villa sonrió graciosamente.

—Ambas creo podrán ser resueltas a satisfacción de ambas partes —dijo—. Señor Chandelar, previendo su aceptación, nos permitimos hacer por nuestra cuenta todo el trámite burocrático, con lo cual resulta que a estas horas ya estamos también despachados en la Aduana.

—Muy seguros están ustedes —comentó el joven.

La sonrisa de Villa no se borraba de su rostro. En cambio, Higgs parecía no ver ni oír nada,

—Teníamos la seguridad —dijo aquél— que nos infunde el saber que usted no rehusará aceptar esto como importe de nuestro pasaje.

«Esto» era un fajo de billetes que Villa arrojó negligentemente sobre la mesa. Arriesgándome a recibir una reprimenda, tomé aquel montón de dinero, comprobando que había veinte billetes de diez mil «garants» cada uno.

El circuito del asombro se me recalentó de pronto.

—¡Doscientos mil «garants»! —silbé, estupefacto.

—¿Qué? ¿Acepta, señor Chandelar?

Derek se pasó la mano por la frente, como si no creyera en lo que estaba viendo, y al fin murmuró un débil «sí», que apenas si pudo ser captado por mis sensibles micrófonos auditivos. Villa se fue hacia él y le sacudió la mano, impulsivo.

—Sabría que usted terminaría aceptando, capitán Chandelar. Bien, ¿y cuándo es la partida?

—Pues... ahora mismo —dijo el joven—. Está todo listo y,..

—Todo listo no, jefe —dije, señalando el fajo de billetes—. Hay que guardarlos en el Banco.

—Ah, sí —murmuró Derek, yéndose hacia el fonovisor.

Repitió la faena del día anterior que hiciera Mackenzie, colocando los billetes uno tras otro, de modo que el empleado del Banco pudiera registrar su numeración fotográficamente. Después tomó un sobre de papel fuerte, en donde metió el fajo de billetes y pegó la goma, lacrándolo después.

Salimos todos. Derek entregó el sobre a Carrigan, encargándole lo llevara al correo, no sin advertirle antes de qué se trataba, pues tenía en el jefe del personal de tierra entera confianza, y después nos encaminamos hacia el cohete lanzadera que servía para unir el astropuerto con la Base Orbital y que continuaba allí en el mismo sitio, bajo la lluvia, que no había cesado de caer un solo minuto.

Las llamas de los chorros vaporizaron el agua cuando la afilada punta del cohete hendió la atmósfera, lentamente al principio, y con una terrible velocidad después, que en poco menos de una hora nos llevó a abarloar junto al costado de la «Pingüino», solamente unida ya a la Base Orbital por un sencillo cable de amarre.

CAPÍTULO IV

Muy lentamente al principio, más rápidamente después, la Base Orbital número 37 fue quedándose atrás, hasta convertirse en una diminuta lucecilla que no tardó en desaparecer. La «Pingüino» aceleró paulatinamente y, siguiendo el viejo método, precisó dar una vuelta completa en torno a la Tierra hasta quedar establecida su órbita. Por disparos sucesivos de los cohetes, Mackenzie, piloto en aquella ocasión, alcanzó la velocidad requerida y sólo entonces nos permitió el megáfono de a bordo soltarnos de las literas antichoque.

Todos nos apresuramos a ello.

Jim colocó el piloto automático, dejó en funcionamiento el radar antimeteorito y después de esto los dos socios, la chica y yo, nos reunimos en una de las cámaras, cerrando cuidadosamente la llave para no ser interrumpidos por los pasajeros.

Derek puso a su amigo al corriente de lo sucedido. Cuando Mackenzie se hubo enterado de todo, meneó la cabeza y dijo:

—¿Es que piensas que por haber salido de viaje con la nave no te va a molestar la policía? Tenemos que hacer escala en Marte forzosamente, tanto para soltar a nuestros pasajeros, como para recoger los equipos de «Jato» que nos son precisos. Los espaciogramas tardan, pero acaban por llegar, y mucho antes que nosotros.

—Hay —dije— una ventaja a nuestro favor.

—¿Cuál es, Kabé? —me miró Mackenzie.

—Primero: que no nos conocen, aunque nos hayan visto en el «Claridge», y segundo, que aunque sí hayan conocido a la señorita Shute y sepan que ésta vio a la señora Hartdow, ignoran, en cambio, que está a bordo de la «Pingüino». Éste es un nuevo tanto a nuestro favor, convéngalo conmigo, Jim.

Éste contestó rápidamente:

—Por supuesto, Kabé. Pero la policía se empeñará en que Allison fue la homicida, y esto impedirá que hagan averiguaciones en otro sentido. Tarde o temprano habremos de regresar a la Tierra y entonces le echarán el guante.

Me froté la mandíbula.

—Confío en que para entonces ya habremos descubierto la identidad del asesino, librando así de molestias a la señorita.

Allison me dirigió una mirada de agradecimiento. Pero no pudo hablar. Mackenzie continuó:

—Bueno, y ahora, en mi opinión, creo seria mejor fuéramos discutiendo los detalles accesorios de nuestro plan.

—No podemos considerarlo definitivo en tanto no hayamos elegido nuestro pedrusco —objetó Derek.

—¿Qué dimensiones ha de tener? —preguntó Mackenzie.

—No creo que sean precisos más de dos kilómetros de eje. Esto vendría a hacer, aproximadamente, unos ocho kilómetros cúbicos, cuyo peso aproximado. ..

—Depende de su densidad —dije.

—¿En cuánto se puede estimar, Kabé? —inquirió Derek.

—Al menos en ocho. Es decir, tomando el agua como punto de comparación y la densidad media de la Tierra, que es de cinco, coma cincuenta y dos.

—O sea que cada decímetro cúbico de asteroide vendría a pesar unos ocho kilos.

—Sí, o acaso más, porque no tiene, como en nuestro planeta, los océanos, por ejemplo, que rebajan la densidad, ni tampoco una capa superficial como la de la Tierra, cuya densidad es tan sólo de dos, coma setenta y uno.

—Por lo tanto, la masa de nuestro asteroide será... —dijo Derek, mirando con un solo ojo hacia el techo.

Mis circuitos funcionaron activamente. Yo mismo les hice la pregunta y ellos dieron la respuesta en una décima de segundo.

—No se moleste, jefe —dije—. Ocho billones de kilos o, lo que es igual, ocho mil millones de toneladas.

—¡Cristo bendito! —exclamó Mackenzie, asustado—. ¿Y ese pedrusco es el que hay que mover con sólo unos «Jato»?

—¿Tan difícil lo consideras, Jim? —le preguntó el joven.

—¡Ya lo creo! Piensa que aunque aparentemente no pesa nada y prácticamente no haya gravedad sobre él, pues incluso puedes lanzar

una piedra y hacer que se pierda en el espacio, la masa sigue subsistiendo, y por lo tanto el momento de inercia también. Esto es algo que debemos tener muy en cuenta.

Derek se dio cuenta entonces de las dificultades que entrañaba el asunto.

—Podríamos entonces buscar otro más pequeño —sugirió.

—Para lo que quieren —dije —, con uno de quinientos metros de diámetro es más que suficiente. ¿Es qué piensan construir una ciudad allá arriba, en torno a la Tierra?

—¿Y cuánto pesaría un asteroide como el que tú dices, Kabé?

—Sólo mil doscientos cincuenta millones de toneladas.

Mackenzie sacudió la cabeza.

—Eso ya está algo más en su punto, Derek. De todas formas, un asteroide de unos quinientos metros de eje vendría a tener una superficie de... Vamos, Kabé, continúa haciendo de calculadora.

Mi respuesta, como la vez anterior, fue instantánea:

—Millón y medio de metros cuadrados.

—Kilómetro y medio.

—Eso es —contesté, aprobando con un gesto de cabeza.

—Bueno, pues en ese kilómetro y medio de superficie hay suficiente para construir una pequeña ciudad —dijo Derek—, máxime teniendo en cuenta que, al carecer de gravedad, los conceptos, «arriba» y «abajo» carecerían de todo sentido.

—Por lo tanto, se podría edificar por todos los lados —exclamó Mackenzie, alborozado.

—Exactamente —dije; y añadí—: Lo cual quiere decir que, como les sobrará terreno, podrán vender parcelas de asteroide a buen precio.

—¿Y ya las comprará la gente?

Chasqueé los dedos como si fuera un humano.

—¡Ya lo creo! Habrá bofetadas por hacerse con un trozo de doscientos


metros cuadrados, que podrán vender ustedes al precio que se les antoje.

—¡Alto ahí! —exclamó Mackenzie—. ¿Y la competencia?

—Competencia, ¿de qué? —inquirí, extrañado.

—Pues… la del negocio que pensamos montar.

—¿Qué negocio es ése, Jim? —preguntó Allison, que hasta entonces no se había enterado de nada.

Derek se lo explicó en pocas palabras y la muchacha asintió, meditabunda. Entonces, cuando hubo terminado la aclaración, dije:

—Al vender una parcela, ustedes harán firmar un contrato al comprador. Especifiquen en él la clase de negocios que podrá montar, entre los cuales, naturalmente, no figurará ninguno que coincida con el suyo. Están en su derecho, puesto que ustedes serán los dueños del asteroide.

—Eso es cierto —dijo Mackenzie—. Sin embargo, todavía quedan algunas pegas por solventar.

—¿Cuáles, Jim?—pregunté.

—Las que se derivan de la cuestión legal del asunto. No hay que olvidar ni por un momento que tratamos de establecer un asteroide dando vueltas en torno a la Tierra y que algunos intereses serán afectados por nuestra decisión.

«Pensé» activamente unos momentos, buceando en lo más hondo de mis bobinas memorísticas. Al fin dije:

—El Acuerdo de Ginebra de 9 de mayo de 2128 sobre establecimiento de estaciones espaciales en torno al planeta no especifica claramente las características particulares que ha de tener cada estación. Se le da ese nombre por un acuerdo convencional, pero el Acta no dice que ha de ser necesariamente construida esa estación en la Tierra y montada en el espacio, ni tampoco menciona los materiales de que ha de estar fabricada. Dice claramente estación espacial, base orbital y algún otro nombre, pero nada más. Por lo tanto, ustedes llaman así a su trozo de pedrusco y todo el mundo satisfecho, siempre que, previamente, claro, hayan adquirido su órbita correspondiente y abonado los derechos oportunos.

—De todas formas —objetó Derek— hay que tener en cuenta que vamos a «robar» un asteroide.

Moví la cabeza de derecha a izquierda.

—El Acta Cuarta de la Convención sobre Límites y Propiedades de los cuerpos y objetos celestes situados en el espacio fuera de los límites de la atmósfera terrestre, límites que, convencionalmente, se fijaron en una distancia de mil kilómetros de la superficie del planeta, especifica claramente que todo astro cuyo diámetro medio sea superior a cincuenta kilómetros no podrá ser tomado en propiedad sin previa autorización de la Comisión de Límites y Propiedades del Espacio, y respetando siempre los derechos de un tercero, que en nuestro caso no existe. Por lo tanto, al apoderarse de un asteroide de quinientos metros de diámetro medio no cometen ningún delito ni infringen ninguna ley.

—Pero acaso nos objeten que lo hemos arrancado de su órbita —dijo Mackenzie.

—El Acta Cuarta que he citado no menciona tal posibilidad —contesté, forzando mi memoria electrónica—, sino que dice que una persona física o jurídica que tenga capacidad legal para obligar y ser obligada, podrá disponer a su entera libertad de la propiedad del cuerpo celeste de que haya tomado posesión, haciendo siempre la salvedad de un perjuicio a tercero. Es obvio, pues, que ustedes pueden arrancar el asteroide de la órbita y fijarlo en una alrededor de la Tierra, aquella que les haya sido concedida por la Comisión de Orbitas Circunterrestres.

—¿Y su tamaño? ¿No será algún obstáculo? —dijo Mackenzie—. Porque estoy viendo a las Compañías Astronáuticas lanzarnos un cúmulo inacabable de protestas y planteamos pleitos sin fin.

Volví a mover la cabeza.

—Tampoco. Ustedes ya saben lo que son ahora las estaciones espaciales. En principio, la mayor apenas si medía setenta metros. Después, con el tiempo, se les fueron agregando artefactos y complementos, lo mismo instrumentales que como habitación, y hasta hay algunas que poseen talleres capaces de construir una astronave completa, desde la punta de la ojiva al chorro de popa. La mayoría de ellas sobrepasan ya el kilómetro de extensión, y no hay ninguna Compañía Astronáutica que proteste porque a un propietario de Base Orbital se le ocurra añadir a la suya un pegote de cien metros. Por el

contrario, esas mismas empresas son las que, de modo casi continuo, están haciendo añadidos a sus bases orbitales propias, lo mismo por necesidades de su servicio que por facilitar comodidades a los viajeros.

—Es extraño que no se le haya ocurrido a nadie antes de nosotros esta idea —murmuró Derek, pensativo.

—Ya lo creo que sí. Lo que pasa es que no dio resultado.

—¿Cómo dices, Kabé? —se extrañó el joven.

—No es usted el primero que intenta fijar un asteroide en una órbita en torno a la Tierra, aunque sí es el primero que quiere traerlo de tan lejos. En realidad, aquella persona, más que fijar el asteroide, lo que quería hacer era hallar un satélite más para nuestro planeta.

—¿Quién fue? —preguntó interesadísima la muchacha.

—No siempre los escritores fantásticos han de ser unos tipos chiflados que describen cosas que sólo están en su imaginación y en la de las gentes que desean se hagan realidad tales maravillas. Julio Verne, en su «Viaje a la Luna», habló ya de un segundo satélite de la Tierra, que giraba muy cerca de ésta y a una velocidad fabulosa. Naturalmente, era tan pequeño, que no se le podía ver ni siquiera con los más potentes telescopios; pero, basándose en aquellos datos, un astrónomo del siglo XX, Clyde Tombaugh, precisamente el descubridor en 1930 de Plutón, se dedicó a la búsqueda de dicho satélite para ahorrar al Ejército de los Estados Unidos la construcción de una estación espacial[2]. Pero los avances de la técnica se hicieron de pronto tan impresionantes, que acabó por abandonar la idea, a pesar de que hay quien sigue insistiendo en la existencia de ese satélite y aun afirmando que no es uno solo, sino dos minúsculos pedruscos, desde luego y mucho más pequeños que el que nosotros vamos a buscar, los que giran en torno a nuestro planeta.

—Kabé —dijo la muchacha, admirada—, eres un pozo de ciencia.

—Gracias —dije modestamente—. Diga mejor que soy un mecanismo repetidor.

—Bueno —terció Derek—, dejemos todo eso a un lado. Entonces tú opinas que no hay quien nos pueda discutir la posesión del asteroide.

—Oh, claro que no. Tienen todos los triunfos a su favor… suponiendo que consigan traerse al asteroide hasta la Tierra.

—Deberemos emplear un montón de «Jatos» —dijo Mackenzie—. ¿Cuántos calculas que necesitaremos, Kabé?

—Primero ríe de ver el asteroide y calcular exactamente su masa, Jim. No obstante, calculo aproximadamente que una relación de uno a diez en la potencia de empuje será más que suficiente.

—¿Cómo lo sabes?

Conecté el circuito de la sonrisa.

—He visto trabajar a los operarios de las bases orbitales y los vi mover, en un espacio sin gravedad y con relativa facilidad, masas de una tonelada y más. Si calculamos el peso medio de un hombre en setenta kilos y la masa que ha de mover de una tonelada, la relación entonces es de uno a catorce, aproximadamente. Por eso yo, para mayor seguridad, me quedo con la de uno a diez, con objeto de eliminar posibles fallos en el momento del encendido de los «Jatos».

—Lo cual quiere decir que aproximadamente necesitaremos…

Di mi respuesta a la décima de segundo.

—Pesando el asteroide mil doscientos cincuenta millones de toneladas, se necesitará un empuje de la décima parte, o sea ciento veinticinco millones de toneladas. Si en Marte encuentran «Jatos» con una potencia de la centésima parte, o sea un millón y cuatro de toneladas, con cien para el arranque y otros tantos para la deceleración, tendrán más que suficiente.

Derek silbó, estupefacto.

—¡Doscientos «Jato»! —dijo,

—Ni uno menos, jefe —repuse; y para animarle añadí—: Entienda que estos cálculos son aproximados y que antes de hacer nada es preciso hallar la masa exacta del asteroide. También podemos buscar uno cuya órbita, en un momento determinado, coincida casi con la de la Tierra; hay muchos de éstos. Entonces ya no se trata de una inversión total de su movimiento, cosa que supondría una cantidad ingente de energía, sino de una simple desviación, que acaso fuera únicamente de una docena de grados cuando más.

—Esto quiere decir que habríamos de emplear muchos menos «Jatos», ¿no es así, Kabé?

—Así lo entiendo yo, jefe.

Derek meneó la cabeza.

—Perderemos mucho tiempo, Kabé.

—Si quiere triunfar, ha de perderlo, jefe.

—Todavía queda en pie otra cuestión —terció bruscamente Mackenzie.

—¿Cuál? —inquirimos Derek y yo a dúo.

—Que no regalan los «Jatos» y que la broma nos va a subir un pico.

Señalé con el pulgar hacia el joven.

—¿No le ha dicho Derek cuánto pagaron Villa y su amigo por que se les llevase hasta Marte? Dieron doscientos mil del ala, Jim, de modo que eso es una buena base económica para trabajar, ¿no?

Mackenzie se frotó la mandíbula.

—Derek —dijo—, ¿sabes que me están dando ganas de enviar todo esto al cuerno?

—¿Por qué?

—La señora Hartdow nos soltó un buen puñado de «garants». Luego vienen éstos y nos regalan doscientos mil. ¿No crees que con esto tendríamos ya suficiente para emprender otras actividades más provechosas y menos sujetas a los caprichos del azar?

Derek apretó los labios.

—¿Es que te vas a rajar ahora, Jim? —dijo.

—Pues… Bueno, yo soy amigo tuyo, ya lo sabes; pero… En fin, si tú insistes, yo sigo adelante.

—Eso es lo que pienso hacer yo exactamente —dijo el joven, muy amoscado, y entonces, de un modo repentino, mis válvulas visuales captaron un detalle.

El interruptor de la red general de interfonos estaba abierto. Me fui hacia él y lo cerré con seco chasquido.

Todos me vieron el gesto, y Mackenzie, al darse cuenta de ello, soltó una terrible maldición.

—¡Esos tipos habrán estado escuchándolo todo! —gruñó, irritadísimo.

—¿Qué importancia puede tener? —preguntó Derek.

—La tiene, y más de lo que tú te figuras —renegó Mackenzie —. Y si no, que te diga Kabé lo que pienso yo, porque estoy seguro de que me ha adivinado el pensamiento, ¿no es cierto, Kabé?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Es cierto, Derek —dije, mirándole fijamente—. Unos individuos que pagan doscientos mil dólares por un simple viaje a Marte, cuando pueden obtener el pasaje con toda facilidad en una Compañía de Viajes Astronáuticos por la décima parte, pueden hallar muy provechosa nuestra conversación y aprovechar los datos expuestos para su propia conveniencia.

CAPÍTULO V

Después de mis últimas palabras hubo un momento de vacilación en la estancia, vacilación que Derek cortó rápidamente, diciéndome:

—Kabé, llama a los señores Villa e Higgs y diles que vengan a verme inmediatamente.

—¿Aquí?

—Si. Estaré yo solo, pero dejaré el interfono conectado de modo que vosotros podáis escuchar también lo que hablemos.

—Muy bien, usted manda —dije, y me marché a cumplimentar la orden.

Llamé a la puerta de la cámara que ocupaban nuestros dos pasajeros, y como tardasen en contestar hube de repetir de nuevo los golpes. Cuando ya desesperaba de la respuesta, Villa apareció en la puerta, desgreñado, con una bata ridículamente flotante sobre su enorme corpachón, con aire de enojo:

—¿Qué es lo que te ocurre, maldito saco de pernos? —gruñó —. ¿A qué vienen estos golpes que nos han interrumpido el sueño tan bruscamente?

—Lo siento, señor Villa —dije—. El capitán Chandelar les presenta sus respetos y les ruega encarecidamente que vayan cuanto antes a su cámara, pues tiene necesidad de hablarles.

—¿Qué tripa se le ha roto a ese estúpido?

—Lo ignoro, señor Villa. Usted ya sabe que sólo soy un «robot» y que, por lo tanto…

—Está bien, está bien —masculló el panzudo—. Dile al capitán que iremos en cuanto nos hayamos aseado.

La puerta se cerró bruscamente a mis espaldas y me marché a dar la respuesta a Derek. Éste, al oír mis palabras, murmuró:

—¿Dices que estaban durmiendo, Kabé? ¿No lo encuentras un poco raro, Kabé?

—Ignoro lo que han hecho durante la noche anterior, jefe —repuse melifluamente, y luego me fui hacia el puesto de mando de la nave, reuniéndome con Allison y Mackenzie.

Hubimos de esperar aún un largo cuarto de hora antes de que se oyeran las primeras voces por el megáfono del cuarto de derrota. Entonces nos aproximamos los tres al altavoz y escuchamos atentamente.

Tras los primeros saludos, envueltos en las lógicas protestas que eran de esperar por parte del gordo, Derek dijo:

—Lamento la interrupción que ha sufrido su sueño, señor Villa; pero me veo forzado a hacerles a ustedes unas cuantas preguntas, en mi calidad de capitán de la nave.

—Está bien, pero desembuche pronto. ¿De qué se trata?

—Primero. ¿Qué empeño tienen ustedes en llegar a Marte, señor Villa?

—Esto queda cubierto por el dinero que le abonamos por nuestro pasaje, capitán Chandelar.

—Es precisamente por lo mismo por lo que le hago la pregunta.

Doscientos mil «garants» son mucho dinero cuando por veinte mil tan sólo podían haber comprado dos billetes para cualquier astronave de línea, en la cual, naturalmente, hay muchas más comodidades que en la mía.

—Mire, capitán, lo de las comodidades, con tal de tener la comida, el baño y un lecho garantizados, me es indiferente. Lo único que quería era llegar cuanto antes a Marte, ¿sabe?

—Hay naves «express» que le hubieran servido a las mil maravillas para sus deseos, señor Villa.

Mentalmente vi al gordo frunciendo el ceño.

—Oiga, capitán, ¿qué se está proponiendo? ¿Acaso trata de hacernos un chantaje?

—No le entiendo, señor Villa —dijo el joven, muy ofendido.

—Se lo diré más claro, capitán. ¿Le parece poco el dinero que le dimos? Porque, si es así, sepa que no pensamos añadir un céntimo más a la suma estipulada.

—Nadie piensa exigirles un solo «garant» más de lo ya percibido por la Compañía, señor Villa. Lo único que deseo saber son los motivos que les llevan a Marte con tanta urgencia.

—Le pago para que me lleve a ese planeta en su nave; no para que me haga perder el tiempo escuchando preguntas tontas, a las cuales no pienso responder de ninguna manera, capitán, ¿me ha entendido?

—Perfectamente, señor Villa. No obstante, insisto en mi pregunta, y si usted no quiere contestarla, entonces me creeré con derecho a pensar en que acaso son unos fugitivos de la justicia.

Se oyó una risita seca, en la cual percibí una buena dosis de sarcasmo.

—¿Quién es aquí el fugitivo de la justicia, capitán Chandelar? Sería muy interesante aclarar este punto, créame. Vaya, adiós, muy buenos días.

Derek se unió a nosotros, pálido de rabia.

—¿Cómo ha podido saber ese tipo lo que nos ocurre? —dijo apenas nos vio.

—Sencillamente —repuse—, por el interfono.

—¡Pero si estaban durmiendo!

—No sea ingenuo, jefe. Lo fingieron, ¿comprende?

El joven inclinó la cabeza.

—No sé por qué —murmuró— me estoy figurando que esos doscientos mil «garants» nos van a traer más de un disgusto. No debí aceptarlos y…

Mackenzie le puso una mano sobre el hombro.

—Olvídalo, chico. Lo hecho, hecho está, y ya no se puede volver atrás. A fin de cuentas, ¿qué puede sucederte? Nada, porque tú, como yo, estamos por completo ignorantes de las actividades supuestamente delictivas de ese tipo, que muy bien pudiera ser un caprichoso derrochador de su dinero.

—No —aseguró el joven—, no. Estoy seguro de que una oferta tan elevada encierra algún misterio. Y eso es algo que me gustaría averiguar con la menor pérdida de tiempo posible.

—Pues como no los sometas al tercer grado… De todas formas, ojalá me encontrase yo cada vez que vuelvo a la Tierra con un tipo como Villa. En media docena de viajes me retiraba, te lo aseguro.

* * *

Contemplamos la superficie de Marte desde la estación orbital que es su satélite Fobos, desde una distancia de nueve mil cuatrocientos kilómetros. Era curioso sentir de nuevo la gravedad, después de casi tres semanas con una total ausencia de peso, y era preciso calcular muy bien los movimientos, pues aun cuando la gravedad que allí se sentía no era más que un décimo de la normal, el cuerpo, al fin, se sentía atraído hacia abajo, una palabra que todos aquellos días había carecido prácticamente de sentido.

Villa e Higgs se marcharon apresuradamente, sin apenas despedirse, en cuanto la «Pingüino» hubo lanzado sus cables de anclaje en el lugar a ello destinado en aquel pequeño satélite marciano. Su marcha fue rápida, sin despedidas, y creo que ninguno de los humanos, y por supuesto yo, lo lamentaron.

Después se celebró un pequeño consejo de guerra, como consecuencia del cual se decidió que Mackenzie se quedara en la nave, terminando de alistarla, en tanto que nosotros tres descendíamos a la capital de Marte, Utopía, en donde era más probable pudiéramos hallar los «Jatos» que necesitábamos para nuestra operación. Los «Jatos» eran utilizados con frecuencia y no dudábamos de que en Utopía hallaríamos el repuesto suficiente que precisábamos, aunque, éste es un detalle que no se me escapaba a mí, su adquisición nos iba a costar un ojo de la cara.

Sin embargo, cuando ya íbamos a pasar al lugar del satélite donde aparcaban los cohetes de enlace, un tipo apareció inesperadamente en nuestra nave.

El humano se quitó la escafandra apenas hubo traspasado la esclusa de aire. Sacó del bolsillo una pequeña cartera que abrió, y consultó unos papeles que en la misma traía.

—¿Quién es el representante a bordo de esta nave de la Chandmack de Viajes Interplanetarios? —preguntó casi sin saludar.

—Cualquiera de los dos —repuso Derek, señalándose a sí mismo y a Mackenzie—. Los dos estamos capacitados para tratar con quien sea de cualquier asunto relacionado con la Compañía.

—Me alegro mucho —dijo el recién llegado, con cara de todo lo contrario—. Soy Bullock, representante, a mi vez, de la Intermundial Robótica[3].

Derek se pegó una fuerte palmada en la frente.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Me parece que tiene usted razón de sobra para lamentarse, señor Chandelar —dijo Bullock con el mismo tonillo frío e impersonal que había, empleado desde un principio—. Según mis informes, tienen ustedes a bordo, a su servicio, al «robot» K. B. C00 459-3D5, actualmente a su servicio.

—Así es, señor Bullock. ¿Quiere usted comprobarlo, eh?

—Gracias, señor Chandelar. Lo estoy viendo desde aquí. ¿Qué tal, Kabé?

—Perfectamente, señor Bullock —contestó respetuosamente.

—Gracias, Kabé. —Después el representante de la Robótica miró de nuevo a los humanos—: Señor Chandelar, supongo que no habrá olvidado usted que hace una semana ya terminó el plazo de cesión de nuestro «robot».

—Pues, si, lo había olvidado, en efecto; pero usted me lo ha venido a recordar oportunamente, señor Bullock.

—No debiera haber emprendido el viaje a Marte con el «robot» a bordo, sabiendo, como sabia, o debía saber al menos, que su plazo de cesión seria rebasado por el de duración del viaje —dijo Bullock, en tono de reprimenda oficial.

—Lo siento, señor Bullock. Pagaremos la diferencia…

—Se les pasará oportunamente la nota de gastos; de eso no hay la menor duda. Y ahora, con su permiso, he de llevarme a Kabé.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué está diciendo? —fue una triple exclamación la que se escapó al unísono de los labios de mis tres compañeros humanos.

—Lo que están oyendo —repuso Bullock sin inmutarse.

Derek no tardó ni un segundo en reaccionar.

—Está bien, señor Bullock. Admito que usted y su Compañía tiene toda la razón. Pero estimo que no hay inconveniente alguno en que usted, como representante legal de la Robótica, se avenga a prorrogarnos por dos años más el plazo de cesión de Kabé.

Bullock meneó la cabeza lentamente.

—No puede ser.

—¿Por qué? ¿Acaso no se fía usted de la solidez económica de nuestra empresa? Puedo firmarle un cheque por adelantado. Un mensaje fotostático, por cuenta nuestra, claro está, es cosa que en hora y media tiene la respuesta de nuestro Banco de la Tierra.

—No es eso, señor Chandelar. Admito sus razones, pero no puedo dejarles el «robot» por la sencilla razón de que, durante su viaje, una persona me ha pedido la cesión de Kabé. Al no anunciar ustedes sus propósitos de prorrogar el alquiler, he creído, y la Intermundial también, que no tenían intención de seguir con Kabé y, en consecuencia, firmamos el contrato con esa persona.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Derek, pateando el suelo—. De no haber tenido intención de continuar con Kabé, lo hubiéramos devuelto a la Compañía, sencillamente.

—Pero se olvidaron de ello, señores —dijo Bullock, sin perder por un momento su calma glacial—. En el contrato que se firma al alquilar un «robot» se estipula claramente que una semana antes de su vencimiento debe solicitarse la prórroga de cesión. En caso contrario, queda sobreentendido, y así lo estipula también el contrato, que el beneficiario renuncia a los servicios de dicha máquina. Por lo tanto, la Compañía, apoyándose en dichas bases legales, que no se pueden discutir, ha dispuesto de Kabé.

—¡Maldición! ¡Es usted un condenado leguleyo robótico! —gruñó Mackenzie—. Y dígame, señor Bullock, ¿no habría algún medio particular de romper ese nuevo contrato que han firmado?

—Mucho me temo que no, señores. La Intermundial no es empresa que se echa atrás una vez cierra un trato.

—No me refería a eso —dijo Jim pensativamente—. Hablaba de ponernos en contacto con la persona que solicitó la cesión de Kabé. Nosotros la indemnizaríamos, usted le proporcionaría otro «robot» y… —no concluyó la frase.

—Imposible —dijo Bullock con granítica firmeza—. La persona que nos alquiló el «robot». Señaló claramente el número de la máquina que deseaba.

—Que es, precisamente, el de Kabé.

—Usted lo ha dicho, señor Mackenzie. Bien, con su permiso, y puesto que ya está todo aclarado, lo dispondré todo para la marcha. He de entregar a Kabé a la persona que lo ha alquilado.

—¡Espere un momento! —gritó Derek—. Díganos al menos quién es ese tipo. Nosotros podremos entrar en relación con él y…

Pero Bullock era un «no» viviente. Creo que, si hubiera dicho «sí», habría estallado como un triquitraque.

—Lo siento —dijo—; pero tenemos como norma no revelar nunca el nombre de nuestros clientes, a menos que éstos hagan la salvedad en contrario. Y como el que ha solicitado a Kabé, no dijo nada, es obvio que…

Derek no pudo aguantarse más.

—¡Váyase! ¡Váyase de aquí de una vez, usted y su maldito saco de tuercas! ¡Qué idiotas hemos sido al no prever esta complicación! ¿Por qué no nos avisaste tú, Kabé? —me miró furibundamente el joven.

—Porque éste no es asunto que me incumbe —dije, envolviéndome en una capa de falsa dignidad.

Me disponía a salir ya de la astronave, cuando la chica se me acercó y me puso una mano sobre el hombro.

—Adiós, Kabé —me dijo—. Te has portado muy bien con nosotros y, en lo que a mí se refiere, he de decirte que te estoy muy agradecida por cuanto has hecho. A veces he dudado si eres un hombre mecánico o de carne y hueso como nosotros.

—Gracias, Allison —dije, conectando el circuito de la sonrisa—; es usted muy buena. Me alegraría mucho de captar su imagen de nuevo en mis células visuales.

—Lo procuraré, Kabé. Adiós y que tengas suerte.

Nos despedimos, y un cuarto de hora más tarde, descendíamos suavemente hacia la capital de Marte, situada a nueve mil kilómetros por debajo de nosotros, y formada por varios centenares de cúpulas transparentes, de gran tamaño, bajo las cuales un mundo de humanos se afanaba y trabajaba por conseguir lo necesario para su dura existencia. Contemplé el paisaje, en silencio, en tanto que a mi lado Bullock atendía a los controles del cohete, Que debía pertenecer a la Intermundial, porque no iban más pasajeros que nosotros.

Durante un buen rato, seguimos en la misma posición, hasta que, de pronto, Bullock me preguntó:

—Kabé, ¿qué planes tiene la Chandmack para interesarse tan vivamente por ti?

Yo pensaba en el asunto, que no «veía» muy claro del todo, valga la expresión.

Supongo que estarás enterado de ellos.

Volví la cabeza muy lentamente, sorprendidísimo por la inesperada pregunta.

—No puedo decírselo, señor Bullock. Sabe usted de sobra que las reglas de la compañía exigen una absoluta discreción de los «robots» que alquila acerca de lo que éstos puedan saber de sus antiguos clientes.

—Yo soy aquí la Compañía —dijo Bullock presuntuosamente—, y te ordeno me contestes la pregunta.

—Las reglas robóticas me dicen he de obedecer toda orden emanada de labios humanos. Pero cuando esta orden implica un posible daño para otros humanos, como es el presente caso, mi obligación es negarme a cumplimentarla. Creo que lo sabe usted mejor que yo.

—¿Quién habla de hacerles daño, Kabé? —sonrió de un modo que hubiera puesto escalofríos en mi piel, de haber sido humana.

—Si no fuera a hacerles daño, a usted le importaría un pito lo que yo sé de la Chandmack, señor Bullock. Y por hacerles daño, aunque no sea físico, entiendo yo la divulgación de sus secretos profesionales, aunque no fuera más que para hacer una indiscreta revelación de tonos sensacionales a la prensa.

Los delgados labios de Bullock se torcieron en una mueca de furor.

—Tu amigo Chandelar me trató de leguleyo robótico, pero tú me das ciento y raya. ¡Vamos, contesta a lo que digo!

Mis circuitos empezaron a soportar un voltaje inadecuado para ellos. Traté de rebajar la energía, pero vi que era inútil. Y Bullock se dio cuenta también, porque en su rostro apareció una expresión de triunfo.

—Anda, Kabé, sé bueno, y contesta a lo que te digo: Soy un humano y tú un «robot», ¿comprendes? Yo humano, tú «robot». Cumple mi orden. No tienes más remedio.

Arriesgándome a que se fundiera alguna de mis preciosas lámparas, moví la cabeza negativamente.

Me estaba exponiendo a graves contratiempos, pero me mantuve firme.

—No —dije, notando dentro de mí una elevadísima temperatura—, no puedo.

Irritado, colérico, Bullock perdió de pronto la paciencia.

Olvidándose del lugar en que estaba, se puso en pie y alzó el puño con intención de golpearme en pleno rostro.

Pero no llegó a descargar el golpe. De pronto, y sin que yo lo tocara, saltó despedido hacia atrás, sin que pudiera evitarlo.

Al buscar instintivamente un apoyo, su mano tocó uno de los controles. Mis células visuales captaron, en una centésima de segundo, la utilidad de la palanca a la que, de modo puramente animal, se asía Bullock. Grité, pero sólo tuve tiempo de agarrarme como un náufrago desesperado a uno de los bordes de la carlinga, en tanto que Bullock salía disparado al espacio, aullando frenéticamente.

CAPÍTULO VI

En el primer momento, en tanto trataba de no ser despedido al espacio, agarrándome con todas mis fuerzas al borde de la carlinga, no supe a qué se debía aquella inaudita circunstancia, mejor dicho, cuáles eran las causas que habían derribado hacia atrás a Bullock, de modo tan inesperado.

Pero no tardé mucho en averiguarlo, pues conocía el manejo del cohete.

Al descender hacia Marte, habíamos tocado, de modo casi repentino, merced a la descuidada manera que Bullock había tenido de pilotar la

lanzadera, con la atmósfera del planeta. Si el representante de la Intermundial, en lugar de tratar de sonsacarme cosas a las cuales sabía yo no podía contestar, se hubiera preocupado un poco más del altímetro, otra hubiera sido su suerte.

Un cohete lanzadera suele volar a una velocidad de varios miles de kilómetros a la hora. Al entrar en las capas superiores de la atmósfera, aunque éstas tengan una densidad muy inferior a un centésima de lo normal, sufre un violento choque que es preciso anular o, cuando menos, amortiguar, mediante una bien calculada deceleración y un cuidadoso manejo de los chorros direccionales. Bullock se había olvidado de todo esto, y el resultado había sido que el brusco frenazo lo había lanzado hacia atrás. Al caer, instintivamente, buscó algo para asirse y evitar el golpe, cogiéndose al primer saliente que tenia a mano, y que no era otra cosa que la palanca de expulsión de los asientos, para caso de peligro, y el individuo había saltado despedido al espacio. Y si a mí no me había ocurrido lo mismo, se debía a que una fracción de segundo antes había tenido tiempo de ver dónde iba a parar su mano.

Mí grito de advertencia no sirvió, desde luego, para nada. Pero sí al menos pude evitar el ser lanzado al exterior, mientras que Bullock pasaba por mi lado disparado con la velocidad de una bala. Su grito se apagó en seguida, pues la escasísima densidad que había en aquel lugar de la atmósfera impedía de modo rotundo la propagación del sonido.

Pero, en cambio, el poquísimo aire que allí había era suficiente para matarle en el acto. Me pareció como si Bullock chocara instantáneamente contra un muro de vidrio. Todo su cuerpo se aplanó, destrozándose horriblemente, y luego, muy lentamente, empezó a separarse del rumbo del cohete.

Repuesto de la impresión, busqué una postura más cómoda e inmediatamente manejé los controles que cerraban de nuevo la carlinga. Restablecí la presión interna, cosa necesaria para algunos de mis mecanismos, e inmediatamente, y por radio, di cuenta al astropuerto de Utopía de lo ocurrido.

Cuando aterricé, la policía del astropuerto me interrogó a conciencia, hasta fatigar mis válvulas. Lo hicieron más que nada por pura rutina burocrática, pues harto sabían que yo no iba a mentirles, y luego, cuando concluyeron conmigo, me dejaron en manos de un tal Ellis, segundo de Bullock en la representación de la Intermundial en Utopía.

Ellis no hizo ningún comentario, en tanto me llevaba en su monorrueda a las oficinas de la empresa, Sólo fue cuando estuvimos los dos solos en el despacho cuando me hizo algunas preguntas, la mayoría formularias, y luego dijo:

—Kabé, ¿de modo que el señor Bullock trató de hacerte unas preguntas impertinentes, no es así?

—Ciertamente, señor Ellis. Usted ya sabe cuáles son, pues oyó en la comisaría la grabación de mi interrogación.

—Estoy enterado de ello. No obstante, me gustaría saber por qué el señor Bullock estaba tan interesado en saber todos los detalles internos de la Chandmack.

—A eso sí que no puedo responderle, señor Ellis. No obstante —añadí—, me permito sugerirle respetuosamente que acaso tenga alguna relación con la persona a cuyo servicio voy a entrar ahora.

—¿Cómo dices, Kabé?

Tuve que repetírselo, y entonces los ojos de Ellis expresaron una inmensa sorpresa.

—¿Que... Bullock te había alquilado a otra persona? Pero yo no estaba enterado de ello, Kabé —dijo.

—Pues eso es lo que manifestó. De lo contrario, ¿por qué iba yo a venirme con él?

—Me dijo que subía a Fobos a traerse un «robot» que necesitaba para la reparación urgente de sus circuitos locomotores.

—¡Una reparación en mis circuitos locomotores! —estallé, tratando de refrigerar mi lámpara de la irritación—. Los tengo en perfecto estado, señor Ellis; ¿o no lo ha visto usted?

—Ya me di cuenta de ello —murmuró mi interlocutor muy pensativo—. ¿Y tú no tienes idea de quién pueda ser la persona que te contrató?

—No quiso decirlo. Se negó en redondo, pesé a que el señor Chandelar quería saberlo para ponerse en contacto y rescindir el contrato, ofreciéndole una buena indemnización, si era preciso.

Ellis suspiró.

—Me temo que habré de violentar algún cajón, Kabé. Muerto Bullock,

el representante de la empresa aquí soy yo. Y como mi difunto jefe se llevó las llaves del despacho, y se habrán ido al cuerno con él, no me quedará otro remedio que hacer lo que he dicho. Así podremos saber de quién se trata.

No me extrañó nada cuando vi en el contrato, cuidadosamente guardado por Bullock, el nombre de Salomón Villa.

—Lo siento, Kabé —dijo Ellis—; no tengo otro remedio que entregarte al señor Villa.

—Es la vida de un «robot» —dije, con la bobina de la filosofía en funcionamiento—. Uno es una máquina y ha de hacer lo que los humanos quieran.

Ellis frunció el ceño. Era una buena persona, la verdad.

—Kabé —exclamó—, no quiero recordarte que, en todo momento, has de tener muy presente el más exacto cumplimiento del Código Robótico.

—Lo tengo bien impreso en mis bobinas; no se preocupe por ello, señor Ellis.

—De acuerdo. Pero todo esto me huele a podrido, ¿sabes?

—¿A usted le huele? A mí me sabe —comenté con duro sarcasmo. Me puse en pie—. Bien, ¿vamos?

Ellis me entregó a Villa en el hotel donde éste se albergaba, en unión de Higgs y dos compinches más, cuyos nombres, según supe luego, eran los de Macpherson y Bremer. Villa firmó el recibo de entrega, pero Ellis no era hombre que, sabiendo una cosa, se la dejara en el tintero.

—Señor Villa —dijo, alzándose sobre las puntas de los pies como un gallito—, tengo vehementes sospechas de que nuestro «robot» va a ser utilizado para causar daño a unos seres humanos. Si esas sospechas quedan confirmadas, el contrato que ha firmado quedará cancelado automáticamente.

Villa se le rio desvergonzadamente en sus propias narices.

—Nadie ha dicho que vaya Kabé a dañar a unos humanos. Y, como muy bien ha mencionado, señor Ellis, antes de romper el contrato, tendrá que poseer alguna prueba más que las simples habladurías de

este atado de bobinas.

—Escuche usted, señor Villa…

El gordo le tomó por un hombro y, pese a su aparente blandura, lo arrastró sin ninguna dificultad hasta la puerta.

—¡Vamos, vamos, señor Ellis! Su trabajo lo está reclamando con insistencia. Necesita justificar el sueldo que percibe de la Intermundial, ¿verdad?

* * *

Cuando se hubo consumado la ignominiosa expulsión de Ellis, Villa se volvió hacia mí, frotándose las manos de contento.

—Muy bien. Kabé; ya he conseguido una buena parte de lo que ansiaba: tenerte a mi servicio.

—No se olvide de lo que le dijo el señor Ellis —repuse correctamente, pero con cierta energía.

—¡Máquina imbécil! —me dijo el gordo insultantemente—. ¿Crees que, en realidad, te necesito para nada?

Hube de dominar el asombro que aquello me producía. Villa se dio cuenta y se echó a reír nuevamente.

—Ya sé que estás construido para no hacer daño a los seres humanos, pero no te preocupes, Kabé, no lo harás.

—Todas sus intenciones, hasta ahora, señor Villa, parecen demostrar precisamente lo contrario. Y, si es así, yo me veré precisado a desobedecer sus órdenes.

—¿Y quién te ha dicho que yo te haya alquilado para darte órdenes. Kabé? —sonrió perversamente el gordo—. Precisamente lo he hecho para que nadie te las dé, ¿comprendes?

Empezaba a ver claro. Pero Villa no me dejó hablar.

—No pienso darte ninguna orden, Kabé. Nosotros nos iremos, y tú te quedarás aquí. Eso es lo único que pienso hacer contigo.

—Ya entiendo —dije muy suavemente.

—Lo celebro. Celebro que lo entiendas, Kabé. Te he contratado porque, realmente, eres una máquina muy valiosa, y en manos de la Chandmack, aun de modo indirecto, podrías causarnos graves perjuicios, ¿comprendes?

—En suma, que les estorbo, vamos.

—Exactamente, Kabé. Nos estorbas… en manas de Chandelar y sus amigos. Así, estando a mi servicio, te dejo aquí, y a ellos les privo de una valiosa arma.

—Lo cual quiere decir que piensas causarles algún daño.

—¿A qué te refieres, Kabé? No pienso tocarles al pelo de la ropa, si es eso lo que preocupa a tus circuitos. Únicamente quiero, y no me importa que lo sepas, hacerme con el negocio que ellos tienen planeado. Realmente, ha sido una idea magnífica el remolcar un asteroide y fijarlo en una órbita alrededor de la Tierra. Una mina de oro, sí, señor, siempre que se sepan hacer las cosas como es debido. ¿No es cierto, muchachos?

Le contestó un coro de aprobatorios gruñidos. Entonces, yo dije:

—Estropearles el negocio es causarles un daño, señor Villa, a lo cual yo contribuyo indirectamente.

—¿Cómo?

—Quedándome aquí inutilizado, inservible. También puede causarse un daño por omisión, y eso es, exactamente, lo que ocurrirá si usted me encierra en un cuarto.

Villa se puso a reír como un loco, apoyándose las manos en las caderas.

—¡Oh, don Quijote de la electrónica! Cuánto te preocupa la salud de tus amigos, ¿verdad? Posiblemente pienso causarles algún daño. Démoslo como cierto; pero, ¿cuántas cosas de éstas ocurren a diario, sin que tú puedas hacer nada por tu parte para evitarlas?

—Pero en este caso es diferente. «Sé» que usted va a dañar a mis amigos.

—Es una suposición que aún no está confirmada por los hechos, Kabé.

Además, es una simple competencia en el mundo de los negocios. Si razonáramos como tú lo haces, no se podría vivir; nadie daría un paso por temor a causar el menor daño a otro ser humano.

Moví los tensores que alzaban mis hombros.

—Está bien —dije—. Pero, de todas formas, conmigo o sin mí, los dos hombres que componen el equipo de la Chandmack son muy hábiles e inteligentes, además de duros. No será nada fácil atravesarse en su camino.

Villa se echó hacia delante, desafiándome con la mirada, enteramente como si yo fuera un humano y no una máquina.

—Kabé, los médicos, para curar una enfermedad, suelen atajar el mal de raíz. Eso es lo que he hecho yo.

—¿Acaso matando a la señora Hartdow? —disparé de repente.

El rostro de Villa adquirió la repentina blancura del yeso. Sin reparar en mi robótica condición, disparó de pronto su mano, golpeándome en una de mis mejillas, artificiales. Pero como preví el golpe mantuve duros los tensores de mi cuello y no se rompió ningún circuito de mi cabeza.

—¡Estúpido! Yo no he sido, ¿sabes?

—Pues yo diría todo lo contrario, señor Villa —afirmé muy seguro de mí mismo.

—¿En qué te fundas para tal afirmación, Kabé? —preguntó Villa, apretando los labios.

—La señora Hartdow tenía miedo en grandes dosis. Sé que una persona estuvo a verla a las nueve y media de la mañana del día en que murió, y que se enfadó muchísimo porque la habían despertado. Luego llamó al «comptoir» del hotel y dijo que quería dormir y que no se le molestase por ningún concepto.

—¿Y bien?

—Sencillamente, señor Villa: que la señora Hartdow no quería quedarse sola para dormir, cosa que en el estado en que se hallaba no podía hacer sin recurrir al auxilio de píldoras somníferas, de las cuales no se halló el menor rastro en su habitación. Por lo tanto, aquel deseo de soledad se debía únicamente a que esperaba a alguien y que no le

convenía la vieran en su compañía, puesto qué, según mis circuitos deducen, trataba de guardar el más estricto secreto sobre la entrevista que iba a sostener después de las nueve y media.

—Después de haber estado con la persona que te dio a ti esos informes, ¿verdad, Kabé?

—Así es —contesté.

—Entonces —tronó de pronto Villa— ¿por qué la chica esa que ha venido con nosotros en la astronave se está haciendo pasar por la señora Hartdow? ¿No sería ella la persona que cometió el crimen?

De haber sido humano, mi obligación habría consistido en palidecer por el resbalón cometido. Sí, somos máquinas casi perfectas, pero ese casi nos hace cometer en alguna ocasión un fallo, como a mí me acababa de suceder.

Traté de enmendar el fallo, conectando el circuito de la dignidad.

—No creo a la chica capaz de cometer ese crimen, señor Villa. Además, es cierto que la señora Hartdow deseaba quedarse sola. Están —mentí, con grave riesgo de fundir una lámpara de la veracidad—, las manifestaciones del empleado del «comptoir». Aquí sí que saben que la señora Hartdow dio orden de que no se la molestara para nada, cosa que puede comprobarse, además, sabiendo que ninguna camarera subió para llevarle comida ni tan siquiera arreglar el apartamento. Cuando menos hasta las cuatro y media de la tarde.

—Hora en que tú y tus amigos visteis el cadáver, ¿verdad? —se burló Villa.

—Exactamente.

—Está bien —cortó el gordo —. Es inútil discutir sobre este punto que a ti no te interesa en lo más mínimo. Tú —y me miró de un modo maligno — no eres más que una máquina que solamente debes obediencia al humano.

—Siempre —insistí— que no vaya a causar ningún grave mal a otro humano. Mi obligación es cumplir con el código robótico.

Villa se echó a reír.

—Pues si… —Si repitió, irónicamente—. Tal vez le haga daño…, porque les voy a obligar a tirarse de los pelos hasta que se los hayan

arrancado todos, ¿verdad, muchachos? La jugarreta que hemos pensado es estupenda, ¿no es cierto?

Los muchachos rieron la gracia debidamente, y luego Villa volvió la vista hacia mí, que permanecía impasible.

—Antes, Kabé —prosiguió, en un tono que no presagiaba nada bueno para la Chandmack—, te dije que iba a hacer lo mismo que el médico que, para curar al enfermo, ataca el mal por la raíz. Ésa es mi intención.

—Estimaría como un favor personal que me lo explicara un poco mejor, señor Villa —le supliqué con cara de circunstancias.

—Oh, pues claro que sí. Es una forma muy sencilla de estropear a la Chandmack su negocio. No quiero remolcar los «Jatos» que precisan hasta Marte, ¿verdad? Claro, es preciso un consumo exorbitante de combustible y esto cuesta dinero. Resulta más económico adquirirlos aquí, en Marte, de donde se puede alcanzar el Cinturón de Asteroides con un esfuerzo mucho menos y una superior economía de carburante.

—Un razonamiento muy lógico, señor Villa —hube de reconocer, a mi pesar. No era tonto el gordinflón.

—¡Naturalmente! ¿O piensas que hago yo las cosas a ciegas? Pero ahora da la casualidad de que cuando ese tonto de Chandelar llegue aquí, a Utopía, a comprar los Jatos que necesita, no hallará ninguno, porque da la casualidad de que todos los que había disponibles los he adquirido yo, y no hallará ninguno ni aunque los pagara a peso de oro, ¿comprendes? Todos los «Jatos» que hay son míos —rio estruendosamente Villa, en tanto su enorme corpachón se agitaba, como una inmensa bola de gelatina, a impulsos de la incontenible hilaridad que le había acometido, hilaridad que era coreada sin ninguna continencia por su grupito de esbirros.

Cuando las risas se hubieron calmado y el silencio vuelto a la estancia. Villa me lanzó la última mirada.

—Bien, Kabé; aquí te quedas. Caro he pagado tu alquiler, pero los beneficios que esto me va a reportar, sobrepasarán ampliamente los gastos. De lo contrario —concluyó—, ¿para qué serviría emprender un negocio? ¡Vamos, muchachos!

Los «muchachos» se marcharon tras su jefe, y yo me quedé allí, impotente, sin fuerzas para hacer nada, puesto que sabía estaba a disposición de Villa y éste había manifestado no tener intención de

causar daños irreparables a los miembros de la Chandmack. A fin de cuentas, era el mundo de los negocios, donde los competidores luchan entre si a diario, en forma análoga a como lo hacía Villa, y a mí no me era dado intervenir en un problema que afectaba únicamente a los humanos.

Pero me hubiera gustado tener, aunque sólo hubiera sido por un minuto, la suficiente libertad de acción a fin de avisar a mis amigos. Y, en lugar de ello, tenía que quedarme en el hotel, tan inmóvil como un leño, forzando en vano mis circuitos memorísticos para hallar un caso anterior similar que pudiera servirme de precedente para hallar una solución satisfactoria. Y, he de reconocer, que, por más que lo intenté, no logré hallar tal precedente.

Suspiré y me quedé en la habitación, pues, ante todo, tenía que obedecer las órdenes que me había dado mí nuevo dueño, pese a que no me agradaban en modo alguno.

Pero, en fin, uno es un «robot» y está sometido a unas leyes a las que no hay más remedio que doblegarse sin replicar, aunque no sean de nuestro agrado en ciertas ocasiones.

CAPÍTULO VII

Para un «robot» hasta puede resultar onerosa la postura erguida, por lo que, con el fin de no fatigar indebidamente mis articulaciones inferiores, hube de sentarme en uno de los sillones de la estancia.

Aquellos pillos debían de haber dejado muy organizadas las cosas, porque durante casi una semana el polvo se acumuló encima de mis hombros, en tanto yo trataba de distraer mi «aburrimiento» resolviendo ecuaciones integrales y problemas ajedrecísticos, en su variedad de 60 piezas y cien casillas, lo cual, si ya es difícil con el encerado o el tablero delante, no quiero decir cómo será teniendo que resolver tales problemas a base de memoria, por muy «robot» que sea el propietario de la misma.

Es obvio que para mí el tiempo no tiene importancia, por lo que no me siento en condiciones de asegurar si aquella semana se me pasó con la rapidez de un relámpago o me resultó tan larga como un siglo.

Sin embargo, hasta para una máquina tiene fin un determinado espacio de tiempo, y ese fin llegó cuando, al abrirse de inesperado modo la puerta, asomó la conejil y sonriente faz de Ellis.

Me puse en pie de un salto, sintiendo vibrar mis circuitos nuevamente. No pude evitar en mis células visuales un chispazo de alegría.

—¡Señor Ellis! —exclamé.

—¡Kabé! ¿Qué demonios haces tú aquí?

—Pues, ya puede darse cuenta de ella. «Sirviendo» a mi nuevo dueño.

—¿Qué dices? No te entiendo.

Se lo expliqué en cuatro palabras, y cuando hube terminado el relato de mis desventuras, Ellis se rascó pensativamente la casi pelada nuca.

—Esto no me gusta un pelo, Kabé. ¿Qué es lo que pretenden hacer esos tipos?

—Ya puede suponérselo, señor Ellis. Y lo malo es que, como físicamente no van a causarles ningún daño, yo estoy aquí inmovilizado, sin poder hacer nada en favor de mis amigos.

Ellis dio un par de paseos por la estancia.

—Este asunto no me ha gustado nunca, Kabé. Sobre todo, después de que supe la incomprensible conducta de Bullock. Hay aquí algo que huele y no a rosas precisamente.

—Acaso —dije—, pero, mientras tanto, mi obligación es permanecer aquí hasta tanto reciba una orden en contrario… del señor Villa.

—¡El señor Villa, un cuerno! —gruñó mi jefe—. La orden que vas a recibir es mía, Kabé. Vámonos.

—Pero, señor Ellis, hay un contrato…

—Nos va a costar un poco romperlo, pero creo que lo conseguiremos. Villa te contrató desde un principio con fines un poco turbios, y lo voy a poner en conocimiento de la Intermundial inmediatamente. Vámonos a las oficinas de la radio.

Sintiendo en todas mis bobinas un dulce calorcillo, motivado por la satisfacción que me causaba la enérgica actitud de Ellis, le seguí. Descendimos a la planta del hotel, y allí mismo, por visófono, nos

pusimos en contacto con la emisora de radio, anticipando el mensaje.

Es curioso que, en tanto se han descubierto los secretos del viaje interestelar, no se haya podido hallar aún un medio de mover las ondas hertzianas con más velocidad que la de la luz. Por lo tanto, nuestro mensaje tardaría una buena media hora en llegar a la Tierra y otro tanto de vuelta, sin contar con el tiempo que se perdería en nuestro planeta en llevar el espaciograma a la Central de la Intermundial y que hubiese alguien allí para tomar una decisión acerca de la solicitud que acababa de hacer Ellis.

Por lo visto, lo había, pues no se tardó más allá de tres horas en recibir la respuesta. Ellis lanzó un sonoro juramento al leerla.

—Toma y llora, Kabé —me dijo, alargándome el espaciograma.

Su contenido era el siguiente:

> *«Ante inconsistencia pruebas aducidas absténgase ninguna acción conducente ruptura contrato alquiler «robot» K.B. 000 459 3D5. Stop.»*

Ellis pateó el suelo y lanzó unos juramentos horribles, que hicieron chirriar los sensibles micrófonos de mis circuitos auditivos. Pero al fin, reaccionando, tomó papel y pluma y escribió otro mensaje.

> *«Quisiera explicación hecho inusitado que un cliente alquile un «robot» solamente para tenerlo encerrado cuarto hotel «Gran Syrte». Stop.»*

Hubieron de transcurrir cuatro horas y media antes de que llegara la respuesta.

> *«No es incumbencia suya utilización que cliente da nuestro «robot» excepto cuando se trata de dañar otros seres humanos Stop Proceder Villa no parece abonar sus suposiciones. Stop.»*

—Esto es ya definitivo —masculló Ellis, quien estuvo a punto de rasgar la pluma al escribir su tercer mensaje, ahora ya el definitivo.

«Ante gigantescas muestras incompetencia presento mi dimisión recepción este espaciograma Stop Váyanse infierno Stop Firmado Ellis Stop.»

Me miró y, un poco sudoroso, dijo:

—¡Ya está, Kabé! Acabo de pasar mi Rubicón.

—¿Está bien seguro de lo que se hace, señor Ellis? —pregunté, muy conmovido interiormente.

Encendió un cigarrillo para disimular su turbación, pero no podía ocultar el hecho de que le temblasen las manos.

—¿Qué te piensas de mi, Kabé? Vamos, vamos; tenemos mucho que hacer si queremos pescar a esos granujas antes de que empiecen a actuar.

—¿Hacia dónde vamos, jefe? —pregunté.

—Al astropuerto, naturalmente. Habrá allí alguna nave de alquiler y...

Meneé la cabeza, con aire pesimista.

—Jefe —dije—, en un tiempo se decía de una cosa ardua que resultaba más que hallar una aguja en un pajar, cuando se querían expresar sus grandes dificultades. Pero hoy día, con un sencillo imán, la aguja aparecería en seguida, en tanto que no podemos hallar la «Pingüino» en un área de varios centenares o quizá millares de millones de kilómetros cúbicos, como sí fuera esa aguja. ¿Hacia qué parte del Cinturón de Asteroides se fueron? ¿Cómo sabremos que la ruta que tomamos no es errada? Es andar a ciegas.

—Están las patrullas del espacio y si no... Bueno, cuando estemos volando lo sabremos. ¿Es que tú también vas a ponerme dificultades ahora, Kabé? ¿A qué tanto ayudar a tus amigos, si cuando llega el momento te rajas como si fueras un humano corriente y moliente?

—Bueno, bueno, no se lo tome así. Yo…

Pero el recién dimitido Ellis ya me había tomado del brazo y me arrastraba a toda velocidad hacia la salida. Buscamos un taxi, con cúpula estanca, pues teníamos que salir fuera de la ciudad, y en poco menos de media hora nos plantamos en el astropuerto.

Sin embargo, una vez llegados allí, nos encontramos con algo que no habíamos sido capaces siquiera de sospechar. No había ninguna espacionave de alquiler libre en aquellos momentos, cosa que me hizo sujetar a Ellis, que intentaba morder el borde del mostrador de la oficina del astropuerto, loco de rabia por tal contratiempo.

—Es la primera vez que me alquilan un «robot» para no usarlo —maldecía profusamente, en tanto fumaba sin cesar—. Kabé, aconséjame; ¿qué podemos hacer?

En lugar de contestarle, me dirigí a la recepcionista, una chica monísima por cierto, la cual se esponjó en cuanto le solté dos frases galantes, y ella acabó por decirme:

—Mira, Kabé, en estos momentos no hay nada libre aquí. Sin embargo, sé de alguien que, aunque no tenga precisamente lo que se dice una nave de alquiler, puede hacerla servir como tal.

—¿Quién es esa persona, preciosidad?

—El capitán Feiner, al mando de la «Pocahontas».

—¿Quiere ponerme en contacto con él? —dije.

La chica sacudió la cabeza.

—No está aquí, sino en Etheria.

Extendí una mano hacia el visófono.

—Llámele y dígale que se venga hacia aquí con su trasto, inmediatamente.

—Imposible —sonrió la recepcionista.

—¿Por qué?

—Porque el capitán Feiner sólo tiene aquí, en la superficie, su cohete lanzadera, y éstos no pueden viajar de astropuerto a astropuerto, sino que han de ser empleados precisamente para enlazar con Fobos y

Deimos, que hacen de Bases Orbitales.

Ellis, detrás de mí maldijo profusamente la legislación astronáutica en general y a la marciana en particular. Después de haberse desahogado, dijo:

—Está bien, guapa. Llámale, dile que aliste su lanzadera, y que nos espere con el artefacto listo para despegar en el momento en que lleguemos. ¿De acuerdo?

La chica sonrió.

—Lo haré con mucho gusto, señor Ellis.

Ya no perdimos más tiempo en el astropuerto. Salimos en tromba hacia el lugar donde estaba el aparcamiento de vehículos, y conseguimos hallar afortunadamente un taxi libre. El conductor meneó la cabeza cuando le dijimos nuestros propósitos, pero acuciado por la perspectiva de una buena gratificación, acabó por acceder.

Nuestro coche era un monorrueda giroscópico, pintado de un azul brillante, con cabina estanca, dada la escasa presión atmosférica que existe en Marte. Cómodos asientos anunciaban la ausencia de fatiga durante el viaje y, para que la monotonía de las grandes llanuras marcianas no llegase a hastiarnos, el conductor puso en marcha la pequeña pantalla situada tras él, en el respaldo de su asiento, en donde, en visión coloreada y estereoscópica, nos deleitamos con las inenarrables aventuras que contaba el último «western» recién llegado de New Hollywood.

Al arrancar del astropuerto, otro monorrueda lo hizo igualmente. Era de color naranja, ocupado por tres individuos de aspecto corriente, a los cuales, de momento, no prestamos ninguna atención.

La autopista que une Utopía con Etheria es ancha, cómoda para el conductor, de perfil casi enteramente llano, aunque, intencionadamente, y para evitar la fatiga visual se han practicado algunas curvas, ya que, en puridad, su trazado debería ser casi enteramente recto debido a la escasez de accidentes en el terreno. Pero aun así, los trescientos kilómetros a la hora se alcanzan con toda facilidad, y dado el excelente peralte de las curvas y la anchura de la pista, no es necesario disminuir la velocidad, por lo que, apenas estuvimos en franquía, el conductor del monorrueda lanzó el vehículo a toda marcha.

Durante un buen rato, el artefacto rodó sin ningún inconveniente.

Pasó una hora, y cuando aún nos quedaban más de dos para llegar a Etheria, el conductor lanzó un gruñido.

—¿Qué le ocurre, amigo? —preguntó Ellis.

—Miren ustedes a sus espaldas —dijo él, sin volverse siquiera.

Nosotros lo hicimos a dúo. Ellis gruñó también al ver al monorrueda de color naranja que nos seguía tenazmente, marcando una velocidad absolutamente idéntica a la nuestra, y manteniendo una distancia de unos dos a trescientos metros, que no variaba en absoluto.

Sugerí al conductor que hiciese una prueba.

—¿Qué velocidad máxima tiene su coche, amigo?

—Hombre, en circunstancias extraordinarias, he llegado a sacarle los cuatrocientos. Pero no es cosa que haga muy a menudo, ¿saben?

—Ahora lo tendrá que hacer —dije—. Vamos, sáquele todo el jugo a este cacharro.

El conductor asintió y metió el pie a fondo. El monorrueda saltó disparado hacía adelante, como si fuera una bala, y en pocos minutos, el coche de nuestros perseguidores llegó a esfumarse.

Pero nuestro contento duró muy poco. Cinco minutos más tarde, el monorrueda naranja fue aumentando de tamaño, hasta alcanzar la distancia anterior, que mantuvo de forma implacable, a, pesar de los desesperados esfuerzos de nuestro piloto por despegarse de él.

—No puedo hacer más —dijo éste, quejoso—. Y, por si fuera poco, tendré que reducir el régimen de marcha; no tengo ganas de volar en pedazos por los aires.

—Nos vamos a lucir —dije yo, amargado, viendo que el coche de color naranja seguía pegado a nuestra zaga. Tan exactamente conservaba la distancia, que hubiera podido juzgarse a los dos vehículos inmóviles, a no ser por el rápido deslizarse de la autopista a ambos lados del coche.

Nuestro conductor tomó una curva con suprema habilidad y, aprovechando que había una ligera pendiente, se lanzó hacia abajo, en un descenso suicida, que calentó al máximo mis circuitos, pues ya me veía convertido en un montón de chatarra. En cuanto a Ellis, tenía el rostro terroso, pero dominaba valientemente su pánico.

—Es inútil —dijo al cabo el conductor—; no conseguiremos nada así. Aunque... si ustedes me dejan las manos libres...

Yo no dije ni pío. Era a Ellis a quien competía tomar una resolución, y el hombrecillo lo hizo valientemente.

—Adelante, amigo. Cuente con una buena gratificación si nos libra de esos pelmazos.

Por el retrovisor vi a nuestro hombre apretar los dientes. De pronto, dijo:

—¡Agárrense fuerte, vivo!

Lo hicimos, y en el mismo instante, el piloto clavó el freno a fondo.

La única rueda de nuestro vehículo chilló estremecedoramente, al mismo tiempo que levantaba una azulada estela de humo, cuando, sujeta férreamente por su freno, se deslizó por el caucho-cemento de la autopista, en lugar de rodar. Ei monorrueda continuó así su marcha durante unos segundos, y luego el piloto liberó el freno,

En el mismo momento, se echó hacia la derecha. Nuestras cabezas, instintivamente, se volvieron hacia el lado opuesto.

Era un viejo truco el que había empleado el conductor para librarnos de nuestros perseguidores, pero no por ello menos eficaz. El monorrueda de color naranja, pasó por delante de nosotros como una bala, al mismo tiempo que su piloto para evitar el choque, hacía una maniobra arriesgadísima.

Pero la acción de nuestro hombre lo había tomado completamente por sorpresa. Tenia que virar a la izquierda, de una forma del todo forzada, e impotente para refrenar su coche, saltó por encima del talud protector antiarena, con la velocidad de una bala.

El coche enemigo, con un ruido horripilante, atenuado no obstante por la escasa densidad de la capa atmosférica marciana, dio varias volteretas rapidísimas en el aire, alcanzando al menos una altura de diez o doce metros, impulsado por la fenomenal potencia de su marcha. La única rueda salió lanzada a gran distancia, y el resto del coche acabó por estrellarse contra el suelo del otro lado del talud, en medio de un espantoso fragor de metales y vidrios destrozados. Hubo de pronto un bufido y una enorme llamarada subió a lo alto.

Nuestro conductor detuvo el monorrueda, llevándolo al otro lado de la

pista, y lo detuvo junto al talud. No salimos de él, pues no llevábamos máscaras de oxígeno, por lo que, desde el interior del coche, hubimos de ver cómo las llamas devoraban el otro vehículo, junto con su humano contenido. Era algo poco agradable.

Era ya imposible hacer nada por aquellos desgraciados que, en medio de todo y considerándolo fríamente, no habían tenido sino el fin que se merecían. La circulación era nula en aquellos momentos, por lo que, sin discusión alguna, reanudamos la marcha. Pronto alcanzamos una buena velocidad a fin de recuperar aquellos minutos perdidos.

Pero si creíamos que con aquella maniobra habíamos salvado todos los obstáculos, algo nos sacó de nuestro error, cuando ya casi vislumbrábamos en el llano horizonte las chispas de luz reflejada que emitían las cúpulas de Etheria.

Ya he dicho un poco más arriba que las autopistas marcianas están protegidas, a todo lo largo de su trazado por una especie de talud, que sirve para contener la arena que constantemente está cayendo sobre ellas. Pero para conseguir esto de un modo absoluto, deberían ser cubiertas en su totalidad, cosa prácticamente imposible, por el precio prohibitivo que entrañaría la obra. Los taludes contienen la arena más cercana, pero no pueden evitar que el viento, soplando de modo casi continuo, esté arrojando billones de granos sobre el camino, con el resultado de que a veces el caucho-cemento de la pista queda casi completamente cubierto por la arena, llegando incluso a formarse dunas que obstaculizan enormemente la circulación.

Para evitar esto, hay máquinas limpiadoras, como las quitanieves en los países montuosos, cuyas máquinas, en síntesis, no son más que una especie de colosales aspiradoras, que chupan la arena por un lado, despidiéndola al otro por encima del talud, colocando el chorro eyector siempre de modo que pueda aprovecharse la dirección del viento y la arena caiga lo más lejos posible. Y a punto casi de terminar nuestro viaje, divisamos una de estos aparatos.

La máquina era grande, pesada, montada sobre dos filas de diez pares de ruedas neumáticas cada una, de un diámetro superior al metro. El operario que la manejaba y su ayudante, estaban situados en la cabina de mando, estanca, a unos cinco metros de altura, en tanto que la manga aspirante-impelente rugía desaforadamente, arrojando por el chorro eyector una turbonada de arena de un grueso superior al medio metro.

La limpiadora era muy ancha y ocupaba buena parte de la pista.

Parecía pesada, pero, en realidad, era muy manejable y, cuando ya estábamos a punto de rebasarla, su mecánico hizo de pronto una maniobra imprevista, metiéndola en el centro del camino.

Nuestro conductor lanzó una colérica exclamación, al mismo tiempo que reducía la marcha del monorrueda, aún más de lo que ya lo había hecho al divisar la limpiadora. Pero nuestro velocímetro marcaba los cien kilómetros cuando menos en el momento en que la limpiadora, manejada de forma inexorable por su piloto, ocupó todo el ancho de la pista, bloqueándonos el acceso a Etheria de un modo absoluto.

Los frenos del monorrueda chirriaron espeluznantemente cuando, en el último minuto, el conductor logró detenerlo. Lanzando mil juramentos por su boca, el hombre se aprestó a retroceder, con el fin de buscar un paso que nos permitiera continuar la marcha.

CAPÍTULO VIII

No había el menor paso, no podía haberlo, dado la enorme longitud de la máquina limpiadora, cuyos extremos tocaban los curvos muros de los taludes de protección. No había otro remedio que intentar ejecutar una arriesgada maniobra, y esto es lo que quiso hacer nuestro conductor, hombre hábil además de valiente.

Era el segundo obstáculo que trataba de salvar.

Pero en el momento en que el monorrueda se disponía a dar la media vuelta para saltar uno de los taludes y continuar por fuera, algo amarillento golpeó al vehículo con terrible fuerza. Por una décima de segundo, mis lámparas visuales captaron la irónica imagen de dos rostros que reían ferozmente, pero en seguida se apagó esta visión, cuando el chorro de arena arrojada cayó, con todo el pesó, sobre nuestro coche.

El vehículo vaciló, al mismo tiempo que crujía. Era evidente que, fuese quien fuese el que nos estaba sembrando de obstáculos el paso, no quería dejar nada al azar, y que los dos tipos que manejaban la limpiadora tenían ciertas instrucciones complementarlas de aquellas que habían recibido nuestros perseguidores, los que hablan ardido con el coche. El chorro de arena, expulsado con una terrible presión, azotó

furiosamente el monorrueda, desviándolo con irresistible fuerza hacia uno de los taludes.

Aquello no podría continuar por mucho tiempo más. Los vidrios del vehículo acabarían por saltar, y antes de un minuto, los dos humanos empezarían a notar la falta de oxígeno. Yo podría durar algo más, pero algunos de mis mecanismos, construidos para funcionar con una adecuada presión atmosférica, resultarían seriamente dañados.

Sin embargo, aquello que más podía, en apariencia, perjudicarnos, fue, a la larga, lo que acabó salvándonos. El conductor aprovechó el impulso suplementario del chorro de arena y, recibiéndolo en la popa, al mismo tiempo que forzaba el régimen del motor, arremetió contra el talud.

Para evitar en lo posible los riesgos de accidente, los taludes de protección, por la parte interna, no eran verticales del todo, sino que formaban un muro curvo, de sección cilíndrica. Impulsado por su única rueda, remontó el obstáculo, cayendo al otro lado.

El conductor lanzó un terrible aullido.

—¡Agárrense fuerte! —y en el mismo momento, el artefacto cayó al suelo desde una altura de casi dos metros.

Crujió el monorrueda por todas sus estructuras, haciéndonos temer por su integridad. Los resortes de suspensión de su única rueda gimieron, protestando por el inicuo trato a que eran sometidos, pero acabaron resistiendo, que era lo que nos interesaba a nosotros.

Una vez al otro lado, el conductor reanudó la marcha hacia Etheria, si bien a un régimen de velocidad mucho menor, cosa obligada dadas las irregularidades del terreno. Ellis y yo nos volvimos, viendo la cara de rabia que ponían aquellos dos sinvergüenzas, pero antes de que pudieran intentar nada más contra nosotros, ya los habíamos perdido de vista.

Durante un buen rato, caminamos por fuera de la autopista, causando la extrañeza de los ocupantes de algunos de los coches con quienes nos cruzamos. Pero, saltando y rebotando como una pelota, el monorrueda continuó impertérrito su camino, hasta que llegamos a un punto en donde pudimos penetrar de nuevo en el camino llano.

De aquí al astropuerto todo fue ya más fácil. Media hora más tarde, penetrábamos en él, y nos dirigimos inmediatamente a la sala de pilotos.

Nos apeamos del monorrueda, y Ellis despidió al conductor, entregándole una magnífica propina, que el hombre acogió agradecido. Realmente se la merecía, pues merced a su pericia habíamos salvado todos los escollos que nos habían sido sembrados por el camino. Me prometí hablar de él a Derek, cuando todo estuviera solucionado, para que le diera una buena recompensa, y luego nos encaminamos a la sala de pilotos.

El capitán Feiner ya debía de estar advertido de nuestra llegada, pues salió a recibirnos, apenas nos vio asomar la nariz por la puerta. Nosotros también le vimos a él; no teníamos otro remedio.

Feiner era un gigante de dos metros de altura, con una encrespada cabellera roja que más parecía la de un león, y con unos ojos que parecían no existir a fuer de claros, sobre todo por el contraste que exista con su pelo. La mano de Ellis quedó sepultada en la suya, enorme como un jamón, y yo me abstuve prudentemente de darle la mía, temiendo por la integridad de mis dedos de metal.

—De modo que ustedes dos son los que quieren alquilarme la «Pocahontas» para un viajecito de recreo, ¿eh? —dijo con un vozarrón que parecía salido de un túnel de ferrocarril.

—Así es, capitán —dijo Ellis—. ¿Cuándo zarpamos?

—Poco a poco —contestó Feiner—. No tengo ningún inconveniente en llevarles a ustedes hasta la puerta del infierno, quedándome yo fuera, claro está, pero han de comprender que no vivo del aire.

Contemplando con la vista su inacabable corpachón, se comprendía, en efecto, que no vivía del aire, ni mucho menos. Ellis me miró, vagamente aprensivo, y luego dijo:

—Capitán Feiner, yo tengo ahorrados unos pocos cientos de «garants» y…

El astronauta interrumpió a Ellis con una atronadora carcajada.

—De modo que unos pocos cientos de «garants», ¿eh? Oiga, amigo, ¿es que se ha pensado que necesito pedir limosna? ¿Me ha hecho perder todo este tiempo y desechar un par de magníficas ofertas sólo para ofrecerme tres o cuatrocientos «garants»?

Ellis se retorció las manos.

—Es que… capitán Feiner, unos amigos míos están en gravísimo

peligro y quisiera...

—Yo no soy «deshacedor de entuertos», amigo —frunció el ceño Feiner—, sino un hombre que se gana la vida con su astronave. De modo, que si no pueden hacerme una oferta mejor, ya se están largando y dejándome en paz. Acaso pueda todavía contratarme con los que he rechazado solamente hace unos minutos. Tengan en cuenta que, si les he aguardado, ha sido únicamente en consideración a la buena amistad que me une con la señorita Parkins, la recepcionista del astropuerto de Utopía.

Ellis volvió a mirarme.

—Piensa algo, Kabé... —dijo suplicante.

—Se me ocurre una idea —murmuré lentamente. Luego volví mis células visuales hacia Feiner—: Escuche, capitán, ¿usted conoce o ha oído hablar del señor Shute?

Feiner miró al techo con un ojo sólo, reflexionando, y al fin bajó la enorme cabeza.

—¿El de las Empresas Incorporadas Shute? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¡Él, por el momento, nada; su hija, que está a bordo de la nave que andamos buscando.

—¿Su hija?

—Exactamente, capitán —contesté con firmeza.

—¿Quieres decir, montón de varillas, que si voy con vosotros, el señor Shute me reembolsará de todos los gastos que haga?

—Acaso él no, pero sí su hija. Allison Shute posee el dinero suficiente para darle a usted un suculento cheque.

—No me ha gustado nunca vivir de ilusiones, pollo. ¿Quién me garantiza que me dices la verdad?

—¡Kabé es un «robot», capitán! —protestó Ellis, indignadísimo.

Feiner se acarició la mandíbula.

—Eso es cierto, y los «robots» no mienten, porque no están acondicionados para hacerlo.

—¿Accede entonces? —preguntó Ellis, muy esperanzado.

Feiner lo miró con aire calmoso.

—Poco a poco, mi querido hombrecito. No dudo de que la señorita Shute esté allí, donde dicen. Ahora bien, sus intenciones son las que no me han sido garantizadas y… ¿Quién me dice que luego la chica no se negará a pagarme un solo «garant»?

—Puedo anticiparle que le firmará un cheque por la cantidad que usted tenga a bien pedirle, capitán —dije; y añadí—: Siempre que esté dentro de los límites del decoro, por supuesto.

Feiner se echó a reír y me dio una palmada en el hombro que por poco me dobla los tirantes sustentadores de aquel lado.

—No tienes precio como abogado defensor, Kabé. Estoy seguro de que juntos tú y yo haríamos muy excelentes negocios.

—Usted me sobrevalora, capitán —dije modestamente.

—Nada de eso, y en cuanto hayamos liquidado este asunto, voy a tratar de alquilarte por una buena temporada, Kabé.

—Estaré a su disposición siempre que lo desee, capitán.

—¿Luego… acepta? —exclamó jubiloso Ellis.

Feiner se echó a reír. Agitó la mano, y uno de los camareros acudió al instante.

—Joe —dijo—, tráenos dos «cocktails» y envía un mensaje a mi segundo, a bordo de la «Pocahontas», para que aliste la nave. Partimos inmediatamente.

—Bien, capitán —contestó el camarero, inclinándose. De pronto, reparó en un detalle—: ¿Sólo dos «cocktails», capitán?

—Para mí un chorrito de aceite —dije, con amargura, pensando en lo que me hubiera agradado dejar de ser «robot» por unos momentos, para gustar de las exquisiteces del alcohol, en módicas dosis. Pero me tuve que contentar con una inyección de diez centímetros cúbicos del mejor aceite lubricante, a través del orificio de engrase de mi oído derecho. El aceite pasó a un pequeño depósito que tenía en el interior, de donde sería distribuido a medida que lo fueran precisando, de un modo automático, a mis articulaciones metálicas.

Diez minutos más tarde, estábamos a bordo de la lanzadera, que inmediatamente, dejando tras sí la clásica estela de llamas, humo y truenos, trepó hacia lo alto, encaminándose hacia Fobos, que era donde el capitán Feiner tenía su astronave. Mientras» pilotaba el cohete, Feiner nos hizo saber las dificultades que entrañaba la empresa, pero yo le hice saber que teníamos una pequeña probabilidad a nuestro favor.

—¿Cuál? —me dijo, sin quitar sus ojos del radar.

—La dirección probable que habrá seguido la «Pingüino». Su órbita posible, tal como la calculo yo, debe estar en línea recta que, empezando en la Tierra, pase por Marte y siga hasta Júpiter. Al llegar a la altura del Cinturón de Asteroides es donde debemos comenzar a buscarlos.

Feiner silbó.

—Total, entre Marte y Júpiter sólo hay quinientos cincuenta millones de kilómetros por término medio. Fácil, muy fácil nuestro trabajo —comentó con duro sarcasmo.

No le hicimos caso, pese a que tenía toda la razón. Poco más teníamos que hablar, y así, casi en silencio, llegó el momento del transbordo a la «Pocahontas», cuyo segundo, Batts, tenía ya todo listo para zarpar al instante.

Fobos tiene una curiosa peculiaridad y es que gira en torno a Marte en sentido inverso, es decir, que sale por el Oeste y se pone por el Este. Como en aquel momento estaba casi sobre el Polo Norte del planeta, hubimos de aguardar a que hubiera realizado media revolución, cosa en la cual invirtió solamente unas tres horas y cincuenta minutos, pues es el único satélite conocido que gira en torno a su planeta en un espacio de tiempo inferior al que éste emplea para dar una vuelta completa en torno a su eje.

En el momento, pues, en que estábamos casi sobre el Polo Sur, o sea sobre el mar Acidalium, Feiner disparó los chorros librándonos de la sujeción al satélite, y aprovechando su enorme velocidad, lanzó la «Pocahontas» hacia el Cinturón de Asteroides.

Por disparos sucesivos, fue acelerando, hasta alcanzar la velocidad requerida. Teníamos que recorrer unos doscientos millones de kilómetros antes de empezar las primeras pesquisas, y esto, considerando que nuestra nave, como la «Pingüino», como, en general todas las que se dedicaban al transporte dentro de los confines de

nuestro sistema, eran relativamente anticuadas, no se podía hacer a una velocidad que sobrepasara los límites de seguridad de los motores, en vista de lo cual, el capitán Feiner estableció la de ciento treinta y seis kilómetros al segundo, que daba una velocidad de doce millones diarios. De modo que tardaríamos un poco más de dos semanas en llegar al lugar donde debía comenzar la búsqueda, y con ella nuestras preocupaciones, porque, en efecto, sólo Dios sabía dónde se podrían encontrar nuestros amigos.

El tiempo fue pasando lentamente, más despacio de lo que hubiéramos deseado, especialmente Ellis, quien ya habla tomado aquello como cosa propia y se pasaba el día yendo de una ventanilla a la otra, con las uñas constantemente metidas en la boca, mordiéndoselas de modo tan nervioso, que incluso estuve a punto de temer por la estabilidad de mis circuitos.

En el día decimoquinto de nuestra partida de Marte, Feiner empezó a disparar sus chorros de deceleración, con objeto de que la nave fuese perdiendo velocidad. Lo hacia, no sólo por facilitar la búsqueda, sino por evitar un posible choque con un asteroide, cosa que no hubiera podido menos de resultar catastrófica para todos nosotros.

Veinticuatro horas más transcurrieron, durante las cuales, la poderosa antena exterior del radar de la nave, giró sin cesar, barriendo constantemente una zona semiesférica de espacio situada frente a nosotros. Feiner, Ellis y yo, permanecíamos constantemente ante la pantalla, viendo pasar las imágenes de cuerpos celestes que por su tamaño se veía era imposible pudieran pertenecer a una nave. Mientras tanto, Batts permanecía de guardia en los controles, atento a cualquier maniobra que pudiera surgir de improviso.

—Nos vamos a divertir —gruñó Feiner por enésima vez—. No se ve ni rastro de ellos.

—Debe buscar en las inmediaciones de todo asteroide cuyo volumen no sobrepase los quinientos metros de diámetro, capitán —le sugerí—. Deseche los mayores y ponga solamente atención a éstos.

Un súbito timbrazo nos alertó, y al momento buscamos el primer asidero que hallamos. Desde el timbrazo, que indicaba la peligrosa proximidad de un pedrusco, hasta el cambio de ruta, solamente pasaban treinta segundos, y aunque nuestra desviación era levísima, a la velocidad que íbamos, el no estar sujetos a cualquier cosa podía causarnos graves trastornos.

El radar preveía el choque con varios centenares de miles de kilómetros de anticipación, y entonces la alerta automática entraba en funcionamiento, disparando los chorros direccionales. No era mucha la desviación; solamente lo suficiente para que el asteroide pasara a unos cuantos centenares de metros de nosotros, cruzándose a una velocidad de varios miles de kilómetros a la hora. Los detectores calóricos entraban en funcionamiento, a base de infrarrojos, y éstos, atravesando toda clase de corazas, eran los únicos que podían indicamos de una forma fehaciente si había o no seres humanos en nuestras proximidades.

Durante largas horas, los timbrazos estuvieron resonando de modo casi continuo. Era evidente que habíamos penetrado ya en una zona densamente poblada, en vista de lo cual, el capitán Feiner ordenó reducir aún más la velocidad, dejándola en unos modestos cuarenta kilómetros al segundo, es decir, la velocidad media de cualquiera de aquellos asteroides que ahora ya podían divisarse a simple vista, brillando como chispitas de luz que en modo alguno podían confundirse con las lejanas estrellas que poblaban el firmamento.

Nueve horas más tarde alcanzamos el centro del Cinturón. Feiner se volvió de pronto hacia Ellis y le preguntó:

—Bien, amigo, ya estamos donde queríamos, ¿qué dirección tomamos ahora?

Ellis se pasó la lengua por los labios. Vacilando acerca de la resolución que había de tomar, me miró a mí.

—¿Cuál es tu opinión, Kabé?

Lancé la pregunta al interior de mis bobinas memorísticas, tratando de hallar la respuesta. Pero no la había; la decisión que se tomara debía ser dejada en manos del azar.

—Pues... —dije.

Pero, en aquel momento, la voz excitada del segundo Batts me cortó la frase, apenas empecé a hablar:

—¡Detector de infrarrojo en funcionamiento, capitán!

Feiner se abalanzó sobre el tablero de instrumentos.

—Páseme la imagen al visor de la cámara, Batts —ordenó,

Movió una palanquita, y al momento, un rectángulo de vidrio deslustrado, de unos treinta centímetros, se iluminó con una luz verdosa.

No era propiamente la imagen de una nave lo que allí se veía, sino un trazo de color escarlata, que oscilaba con diferentes alternativas, a manera de la aguja trazadora de un sismógrafo, subiendo y bajando en cierto modo regular,

—Batts, oriente la nave de acuerdo con las indicaciones del detector —dijo el capitán Feiner.

—Al momento, capitán.

De nuevo sonó el zumbador, y nos agarramos a unas correas de sujeción que pendían del techo. Con la vista fija en la pantalla, dejamos transcurrir el tiempo.

Poco a poco, los trazos se fueron estabilizando, perdiendo sus agudos desniveles, hasta convertirse en una línea recta, horizontal, en la cual apenas si se veían unas levísimas oscilaciones que para nada alteraban su trazado. Entonces habló Batts:

—La nave está orientada, señor.

—Bien. Conecte ahora el visor telescópico.

—Sí, capitán.

Otra pantalla se iluminó a la derecha de la anterior, y entonces vimos un punto de luz en el espacio, que iba creciendo, a medida que el visor telescópico lo iba haciendo aumentar de tamaño, junto con nuestra aproximación al mismo. La raya roja del detector calórico aumentó de grosor, y Feiner lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Creo que los hemos hallado, amigos! Batts, decelere a veinte al segundo.

Otro timbrazo y nos sentimos lanzados hacía adelante. Los chorros rugieron sordamente en las entradas de la nave y éste perdió velocidad.

La imagen de aquel asteroide aumentó considerablemente de tamaño, hasta rebasar del todo los límites de la pantalla. Era un pedrusco de forma irregular, con grandes entrantes y salientes, y una mayor aproximación nos hizo ver unos puntitos luminosos que en modo

alguno podían confundirse con reflejos de la luz que le enviaba nuestro lejano sol.

CAPÍTULO IX

El capitán Feiner redujo aún más la marcha de la nave. Todavía estaba el asteroide a varios miles de kilómetros de distancia, y aunque los puntitos luminosos habían aumentado ligeramente de tamaño, no se les podía identificar de modo satisfactorio. Debíamos acercarnos más, pero esto no se podía hacer sin poner un cuidado extremo en la maniobra de corrección de rumbo, ya que debíamos equiparar las órbitas respectivas, con el fin de que la nave pudiera aterrizar sin daño alguno sobre la superficie del asteroide.

—¿Por qué no les lanza un mensaje, capitán? —sugirió Ellis.

Feiner asintió y transmitió la orden a su segundo. Oímos su voz a través del altoparlante y unos segundos más tarde, escuchamos la respuesta.

—Capitán Chandelar a capitán de la «Pocahontas». ¿Qué es lo que quieren Ustedes?

—Traerles un par de amigos —repuso Feiner—. Uno de ellos un «robot».

Hubo un segundo de silencio, y luego, un estallido de alegría.

—¡Kabé! —gritó ahora la muchacha, sin poderse contener.

—El mismo, Allison, para servirla en lo que guste mandar.

—¿Qué haces aquí, Kabé? —preguntó Derek—. ¿Cómo has conseguido desligarte de tu contrato?

—Es algo largo de explicar, Derek —le dije—. Lo sabrá cuando hayamos aterrizado en el asteroide. A propósito, ¿qué tal es el pedrusco?

—Magnífico —exclamó el joven—. Magnifico. No podíamos haber encontrado otro mejor, aunque lo hubiéramos deseado.

—Me alegro muy sinceramente de ello, Derek, y le felicito de todo corazón —dije, añadiendo—: si es que esta frase puede ser pronunciada por un «robot» que no lo tiene.

Derek se echó a reír y en el megáfono percibí también las risas de la muchacha.

—Creo que tú lo tienes, Kabé —dijo ésta—. Estoy impaciente por darte un abrazo, ¿sabes?

—¿No se lo tomará a mal su prometido? —contesté.

—La dejaré darte otro por cuenta mía —dijo Derek—. Vamos, Kabé, date prisa; no sabes cuánto te hemos echado en falta. Y ahora que recuerdo, el capitán de la «Pocahontas» me dijo que venían dos amigos. ¿Cuál es el otro?

—No lo conoce todavía. Lo verá cuando hayamos aterrizado. Bien —dije—, hasta dentro de unos momentos.

De pronto mis bobinas memorísticas me trajeron a la mente un detalle en el cual no había reparado hasta entonces.

—Jefe —llamé antes de que cortaran la comunicación.

—¿Qué quieres, Kabé?

—¿Cómo es que están trabajando en el asteroide? Según mis informes, no debían ustedes tener ningún «Jato». No acabo de entenderlo, ¿sabe?

Derek se echó a reír.

—Villa fue muy listo, pero nosotros, tampoco somos mancos. Adiviné que iba a acaparar el mercado de Utopía y me fui a Etheria, en donde adquirí un par de centenares de cohetes. Estoy aguardando una segunda expedición de otros tantos, que me prometieron enviar apenas llegaran desde la Tierra, ¿sabes? Ni siquiera habrán tenido que bajarlos hasta Marte. Seguirán el rumbo directo, ¿comprendes?

No pude evitar un chispazo súbito en el circuito da la admiración.

—¡Jefe, merecería ser usted un «robot»! —exclamé con toda sinceridad, y Allison se estremeció.

—¡No lo permita Dios! —dijo.

Ante esto, un coro de carcajadas sonó estruendosamente en todos los ámbitos de la «Pocahontas».

Cortada la comunicación, ya sólo quedaba esperar a que aterrizara la nave. Una hora más tarde, el asteroide era ya perfectamente visible y me pude dar cuenta de que, efectivamente, según había dicho Derek, era muy apropiado al fin que se le destinaba.

No tenía forma esférica, por supuesto. Ningún cuerpo celeste de pequeñas dimensiones la tiene, debido, principalmente, a la escasa gravedad que reina en él. La gravedad es la que hace ir cayendo las rocas y las tierras de los puntos más altos a los más bajos, en un trabajo lento, ininterrumpido, que dura acaso centenares de millares de siglos, hasta que, poco a poco, el astro toma la forma esférica, agrupándose sus elementos en torno a su centro de gravedad, de una forma la más equidistante posible. Pero allí, en un asteroide cuyo diámetro máximo era de unos quinientos metros, la gravedad era una cosa tan empírica, que muy fácilmente, sin el menor esfuerzo, podía arrojarse una piedra al espacio sin posibilidades de regreso. Y habría que tener mucho cuidado al caminar; un salto brusco podía ser la causa del lanzamiento de un hombre fuera del asteroide, con las desastrosas consecuencias que son fáciles de suponer.

Al fin llegó la hora, y la «Pocahontas» lanzó sus cables de anclaje. A veinticinco metros de altura del asteroide, en medio de un pequeño valle, de abruptas paredes que alcanzarían unos cincuenta o sesenta metros de altura, compuesto por rocas muy oscuras, casi negras, la nave quedó fija y entonces fue cuando, equipados con trajes de vacío, Ellis, el capitán Feiner y yo salimos a la esclusa, deslizándonos luego por el casco de la nave, hasta uno de los cables de anclaje, que nos sirvió para el descenso a la superficie del pedrusco.

Hubo los consiguientes saludos y las naturales explicaciones, y entonces, una vez aclarada allí la presencia de Ellis y Feiner, el joven dijo, dirigiéndose a Feiner:

—Capitán, después de todo no queda a la Chandmack tanto dinero como pensaba. Como no podré pagarle este favor en la medida que yo quisiera, le ofrezco una participación, a discutir más adelante, en los beneficios que podamos obtener con el asteroide una vez lo hayamos situado en órbita sobre la Tierra. Esto, naturalmente, suponiendo que mi socio, el señor Mackenzie, esté conforme. ¿Qué dices tú, Jim?

El aludido se encogió de hombros.

—Por mi parte no tengo inconveniente, siempre que el capitán Feiner acepte.

—Un momento —dijo Allison—. Me parece que eso no será necesario. Capitán, yo puedo pagarle en el acto. Es decir, extendiéndole un cheque que usted puede remitir a la Tierra por mensaje fotostático. ¿Acepta?

—Hombre, bien mirado me parece mejor su plan, señorita Shute. Yo soy siempre de los que dicen que vale más pájaro en mano que ciento volando, ¿sabe? Soy un hombre práctico.

—Además, hay otra cosa —terció Derek nuevamente—. ¿Cuántos hombres componen la dotación de la «Pocahontas»?

—Aparte de mí y del segundo Batts, cinco tripulantes, capitán Chandelar.

Derek arrojó una mirada en torno suyo, deteniéndose luego en un montón de enormes tubos de más de un metro de diámetro por quince o veinte de largo, que estaban depositados sobre el suelo a unos treinta metros de distancia, oscuros, pero brillantes a pesar de todo.

—El trabajo que nos espera es muy arduo, y ganaríamos tiempo si usted y sus hombres nos ayudaran, recompensándoles, por supuesto, en la cuantía que conviniéramos de mutuo acuerdo. Allison —se volvió el joven hacia su prometida—, en cuanto empiece esto a funcionar te reembolsaré de todo lo que inviertas en nuestro negocio.

—Nada de eso —protestó la muchacha—. Quiero ser una accionista más, ¿sabes?

—Bueno, bueno —cortó Feiner—, ya lo discutirán ustedes dos más adelante. Ahora, aceptada su sugerencia, voy a llamar a mis hombres y vamos a poner manos a la obra sin perder un segundo. Esta experiencia de arrancar un asteroide a su órbita es algo nuevo para mí, y no me perdería yo por nada del mundo el momento del disparo de los «Jatos», capitán Chandelar.

—Le reservaremos el puesto de honor de los invitados, capitán —rio lógicamente contento el joven.

Mientras ellos disponían el plan de trabajo, que ahora, con la adición de siete trabajadores más, había de ser forzosamente modificado, yo me alejé de allí lentamente, acercándome al ingente montón de cohetes que estaban dispuestos para su inmediata utilización.

Cada uno de ellos era un larguísimo tubo del mejor acero, cargado de un combustible sólido de gran velocidad de inyección, lo que prometía una enorme potencia en el momento del disparo. Cerca del montón había uno de ellos ya colocado, sumergido en la roca en más de la mitad de su longitud, de tal modo que la parte enterrada ajustaba exactamente al alvéolo que se le había practicado, con objeto de que, en el momento de su combustión, no sufriera desviaciones laterales que pudieran provocar resultados perjudiciales para el fin que se perseguía. A un tercio de la longitud del «Jato», contando a partir de los chorros de escape, partían unos cables que iban a parar a un receptor de radio, también semienterrado en el suelo, muy simple y sencillo, cuya misión era únicamente la de recibir la señal transmitida desde la central que se había instalado en la «Pingüino», en cuyo momento se inflamaría la carga del cohete, simultáneamente con los restantes, provocando así el despegue del asteroide de su órbita y encarrilándolo por la que le llevaría hacia nuestro planeta.

Examiné cuidadosamente la instalación durante un buen rato. Creí ver algunos ligeros defectos, de lo cual pensé dar noticias a Derek en el momento oportuno, con el fin de corregirlos, pero entonces mis células visuales repararon en una cosa.

Al lado de donde estaba el receptor de radio había varios pedruscos de los que habían sido desplazados por la perforadora eléctrica al nacer la excavación. Tomé uno de ellos en la palma de la mano y, olvidándome del lugar en que me hallaba, lo lancé al aire, como si estuviera sopesándolo.

El pedrusco salió disparado a una veintena de metros de altura antes de que yo pudiera detenerlo. Luego, concluida la fuerza de empuje, permaneció un momento detenido, suspendido en el espacio, y empezó a caer muy lentamente, describiendo una amplia parábola.

No me entretuve en esperar a su caída; ésta iba a tardar cuando menos una hora en producirse, y tenía allí otros ejemplares idénticos para examinar. Tomé uno de ellos y forcé cuanto pude mi vista, estudiando atentamente las curiosas estrías, de gran brillantez, que corrían irregularmente por toda la superficie de aquel trozo de roca.

Mis circuitos trabajaron activamente unos minutos. Después, recapacitando acerca de lo que tenía que hacer, volví hacia donde estaba el montón de cohetes, empezando a buscar entre los materiales de trabajo que por allí había.

Al fin encontré lo que buscaba. Cogí la piqueta y me alejé de aquel

lugar, caminando normalmente, pues no podía hacerlo a saltos, para no correr el riesgo de perderme en el espacio. No obstante, avanzaba con mucha rapidez, y en pocos momentos estuve en la cara diurna del asteroide.

Arranqué varios fragmentos de roca con la piqueta y los estudié tan detenidamente como el primero. No me hacía falta llevarlos conmigo, por lo que los abandoné en el mismo sitio. Luego me deslicé cien metros más a la izquierda y repetí la labor.

Hice lo mismo en varios puntos del asteroide, encontrando en ellos la misma respuesta. Y cuando estuve seguro de lo que había hallado, casi me eché a temblar.

Lo hubiera hecho de ser un humano, pero un «robot» domina mucho mejor sus movimientos emotivos y pude calmar, mediante el envío de unas cuantas unidades refrigeradoras, la cálida excitación que se había apoderado de mis circuitos. Restablecí en ellos la normalidad y decidí que ya había llegado la hora de dar cuenta a Derek de mi descubrimiento.

Abrí el conmutador de la radio y entonces vi una estrella fugaz recorrer, con cárdeno trazo, el negro pizarrón del firmamento.

El meteorito cruzó rapidísimamente por delante de mis lámparas visuales, escondiéndose luego tras una pronunciada cresta montuosa.

Hubo de llegar un súbito estremecimiento, transmitido por la superficie del asteroide, para que recordara bruscamente que allí no había atmósfera, y no habiendo atmósfera no podían existir, por tanto, meteoritos que se inflamasen al roce con ello. Y careciendo, por tanto, de medio de transmisor natural de los sonidos, era imposible escuchar la explosión que había tenido lugar en donde había dejado a mis amigos, explosión que había sido transmitida en vibraciones sismológicas por el suelo del asteroide.

Aquello, durante unos momentos, me pareció sencillamente estúpido. No había guerras interplanetarias de ninguna clase. Tampoco existían en aquella parte del espacio proyectiles bélicos del tipo de los dirigidos por la radio. ¿Qué hombres podía ser, pues, aquello que acababa de ver y sentir?

Otro fulgurante trazo de color rojo pasó por encima de mi cabeza, describiendo una trayectoria rectilínea, y desapareció tras la misma cumbre rocosa de antes. Unos segundos más tarde el suelo volvió a conmoverse.

Despreciando posibles riesgos, emprendí el regreso hacia allí, dando enormes saltos que me llevaban a veces a quince y veinte metros de altura. Tenía que hacer violentas contorsiones digamos musculares, para acelerar mi descenso, y con el fin de aumentar mi peso y no salir al espacio iba cargado con dos enormes pedruscos que en un lugar de gravedad normal no hubiera podido mover tan siquiera, todo lo cual contribuyó notablemente a incrementar la velocidad de mi marcha. En pocos minutos, pues, estuve a la vista de lo que podía llamarse el campamento, y entonces presencié un espectáculo singular, pero carente en absoluto de todo atractivo.

Otra raya roja cruzó el espacio, yendo a estrellarse contra un montón de rocas que despidió con terrible violencia al estallar en una flamígera luminaria que durante unos segundos incendió la eterna noche del espacio. El suelo tembló violentamente, y yo, y esta vez no empleo ninguna metáfora, también temblé.

El proyectil, fuera de la clase que fuera, acababa de estallar a cortísima distancia del lugar en que se hallaba el montón de «Jatos» aguardando su colocación en los alvéolos que las perforadoras estaban preparando. Todos cuantos estaban allí habían huido, dispersándose, a excepción de dos humanos que, alcanzados de lleno al parecer por una explosión, flotaban en el aire, cayendo lentísimamente hacia el suelo.

Salté hacia ellos, sin soltar las piedras, y hube de realizar verdaderos equilibrios para ayudarles a caer. Reconocí en uno de los muertos al segundo de la «Pocahontas», Batts, y el otro era uno de sus tripulantes, desventrados literalmente por la terrible fuerza de concusión del cohete estallado.

Otro cohete pasó muy cerca de mí, yendo a estrellarse a unos cien metros de distancia, en medio de un silencio más pavoroso aún que el mismo estruendo que hubiera producido en un lugar con atmósfera.

Deposité los dos cadáveres en el suelo, hirviendo de cólera, si la expresión puede aplicarse correctamente a un «robot». Alguien los había matado y ese alguien debía ser castigado.

Pero yo no podía ser el instrumento de tal castigo, pues que esto implicaba un daño para unos humanos, cosa que mi código me tiene terminantemente prohibido, sin distinción de culpables o inocentes. No obstante, mi código me dice que he de ayudar a evitar un daño a los humanos en la medida de mis fuerzas, incluso corriendo el riesgo de mi propia destrucción.

Un humano surgió de pronto ante mí, saliendo de una estrecha hendedura en donde se había guarecido de las explosiones. Era Derek, el cual me reconoció al instante.

—¿Dónde diablos te habías metido, Kabé? —gruñó, malhumorado, a través de su transmisor individual.

—Por ahí —dije de un modo vago.

—Ése no es tu sitio —masculló el joven, el cual se agachó de pronto cuando vio venir un nuevo cohete.

Pasó la explosión y entonces nos incorporamos los dos.

—Nadie me asignó trabajo alguno —repuse.

—Pues ahora lo hago yo —dijo el joven—. Sígueme.

—¿Adónde vamos, jefe?

—¿Dónde quieres que vayamos? —me contestó de malísimo humor humor—. Hay ahí un montón de «Jatos» y si uno de esos proyectiles los toca ya verás qué fuegos artificiales tan bonitos vamos a tener. Debemos dispersarlos, ¿sabes?

—Usted manda, jefe —contesté, siguiéndole a pequeños saltos, en tanto pensaba qué podría sentir un «robot» cuando se viera convertido en pedazos por una explosión certera.

Quise distraerme calculando cuál de mis circuitos sería el más resistente en tal caso, pero la presencia de Feiner junto a mí me distrajo, por el momento, de tan lúgubres cálculos.

—¿Quiénes son esos condenados bastardos que nos están ametrallando tan indecorosamente? —maldijo el capitán.

—Me supongo que Salomón Villa y su panda —contestó fríamente el joven—. Ven que les hemos vencido, y han pasado de las palabras a los hechos.

—Pues como yo pueda… —bramó Feiner, agitando su enorme manaza en dirección a las estrellas, de donde partió bruscamente otro ramalazo de luz que nos obligó de nuevo a buscar refugio.

Cuando los efectos del estallido se hubieron disipado reanudamos el camino, llegando en pocos minutos al montón de «Jatos», de los cuales habría muy bien cuarenta o cincuenta, en una impresionante pirámide

que aturdía y mareaba pensando solamente en los desastrosos resultados que podía dar el impacto de un proyectil en aquel sitio. Seguramente se abriría un boquete de más de cien metros de diámetro, pero esto ya no lo veríamos nosotros si continuaban con el bombardeo.

Inclinándome, rodeé con el brazo derecho uno de aquellos enormes cilindros, moviéndolo dificultosamente al principio, hasta que cesó su momento de inercia. Pero después, reducido su peso a un milésimo de lo normal, apenas si me pesaba setenta u ochenta kilos terrestres, cosa que me era fácil de transportar sobre mis hombros.

Mientras tanto, las explosiones se iban sucediendo con cierto, ritmo, y nos dimos cuenta de que cada vez los cohetes estallaban más próximos a nosotros,

En cualquier momento podría producirse la definitiva explosión y entonces...

Derek maldijo profusamente, tratando en vano de buscar una solución para aquel atolladero en que estábamos caídos, y para el que no veíamos salida alguna. Después de una retahíla de palabrotas, el muchacho dijo:

—Si encontrásemos el modo de darles la réplica —murmuró, como si hablase consigo mismo.

Luego me miró.

—Kabé, ¿no te sientes con fuerzas para hallar una solución?

Me encogí de hombros, en tanto trataba de tomar otro cohete.

—Soy un «robot» y ellos, unos humanos. Por malos que sean, yo no puedo hacerles el menor daño.

—Por supuesto, pero no ayudándonos a nosotros contribuyes a causarnos un daño por omisión, Kabé.

Mis circuitos empezaron a chirriar. Aquél era un endiablado problema y no me sentía con fuerzas suficientes pare resolverlo.

Por un lado. Villa y sus secuaces tratando de matar a mis amigos, los cuales obraban dentro de toda legalidad humana. Por otra parte, mis amigos, debiendo defenderse de aquellos que trataban de causarles males irreparables, como lo demostraban las muertes de Batts y el

tripulante de la «Pocahontas». ¿Qué hacer?

—Kabé, ayúdanos —suplicó en aquellos momentos la muchacha, surgiendo de entre las tinieblas.

Antes de contestar soportamos los cuatro un feroz estallido, que hizo vibrar casi sonoramente la tierra a nuestros pies. Allison volvió a mirarme.

—Tendría que causarles daño a ellos y... ¡no puedo; son humanos! —dije.

—Pero nosotros también lo somos, Kabé, y si no nos ayudas, también nos dañarás a nosotros,

Envié unidad de refrigeración tras unidad a mis circuitos, que estaban soportando tensiones intolerables a causa de aquel problema, para el cual no hallaba solución, por más que buscaba en lo más recóndito de mis bobinas memorísticas. Debía ayudar a mis amigos, sí, pero sin quebrantar las leyes fundamentales de la robótica, porque no podía hacerlo, del mismo modo que no puedo transformarme en un árbol o una vaca. Pero ¿no estaba quebrantando también esas mismas leyes al no prestarles mi concurso?

Bruscamente hallé mi solución. Era un remedio que no comprometía para nada mis circuitos y, por lo tanto, mi integridad robótica. Podía ayudarles y lo hice.

—Busque una Biblia, jefe —dije de un modo que les pareció altamente incongruente.

—¿Se te ha fundido alguna lámpara, Kabé? —preguntó Derek, estupefacto.

—Busque una Biblia, jefe —insistí—. Lea el libro del Éxodo, capítulo XXI, versículo vigesimocuarto.

CAPÍTULO X

El capitán Feiner, que, por lo visto, debía saberse de memoria y de cabo a rabo toda la Biblia, recitó:

—«...Y en general se pagará ojo por ojo, diente por diente...»

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro problema, Kabé? —estalló, furioso Derek, más furioso aún que el cohete que nos llenó de piedras al reventar a corta distancia de donde nos hallábamos.

—Lo siento, jefe. No puedo decirle más. Mi conciencia robótica...

—¡Tú y tu maldita conciencia robótica! ¡Así ahorquen al hombre que os inventó!

—¡Huy! —exclamé—. Pues no tendría usted que colgar a pocos tipos. Aparte de que todos ellos murieron hace tiempo. Empezando por...

—Déjate ya de sandeces, Kabé —gruñó, malhumorado, el joven—. ¿Qué tiene que ver la ley del Talión con nuestros problemas? ¡Contesta de una vez!

Pero no fui yo quien dio la respuesta, sino el capitán Feiner.

—Ojo por ojo —repitió, meditabundo—, diente por diente... ¡y cohete por cohete! ¡Eso es! ¡Qué brutos hemos sido! Kabé lo ha visto desde un principio y nosotros... ¡Cuidado! ¡Ahí viene otro!

Cuando el temblor del estallido se hubo extinguido. Derek me miró.

—¿Cohete contra cohete? —repitió, extrañado.

Pero ya el capitán Feiner obraba sin contar con él. Cogiendo con sus poderosos brazos un enorme «Jato», corría con él hacia una enorme roca que se alzaba a unos cincuenta o sesenta metros de distancia. Apoyó el cohete en ella, dejándolo inclinado en un ángulo de cuarenta o cuarenta y cinco grados, y luego llamó excitado:

—¡Venga para acá, capitán Chandelar, y tráigase el anteojo del teodolito!

Derek comprendió instantáneamente de qué se trataba, y yo, satisfecho por haber contentado mi conciencia robótica con aquella solución, me aparté a un lado, contemplando el espectáculo.

Entre los dos hombres dispusieron el cohete. Derek buscó en el cielo con el anteojo, hasta encuadrar en él la nave de Villa, dando al mismo tiempo indicaciones a Feiner para la puntería. Una vez estuvo todo listo, Feiner graduó la espoleta del «Jato» de modo que el disparo se produjera diez segundos después de haber soltado el mecanismo de

encendido, y cuando hubo oprimido el botón salió corriendo.

Una corriente de llamas brotó de la tobera del cohete, quemando la tierra. El chorro de fuego aumentó y, de pronto, el improvisado proyectil partió de modo fulmíneo, dejando tras sí una rojiza estela que disminuyó rápidamente.

Mis circuitos visuales no se limitaban a proporcionarme una visión como la humana, sino que, en ocasiones, y según lo preciso, puedo utilizarlos como si fueran unos gemelos prismáticos, alcanzando fácilmente los diez aumentos. Utilizándolos al máximo, pude seguir la trayectoria del «Jato», hasta ver que pasaba a corta distancia, de modo inofensivo, a unos cuantos centenares de metros de la nave ocupada por Villa y los suyos.

Éstos debieron de darse cuenta de que ya no eran unos impunes atacantes, sino que, desde el asteroide, se les estaba dando la respuesta con las mismas armas que ellos utilizaban. Vi claramente los disparos de los chorros direccionales de la astronave y calculé que Villa buscaba una posición menos comprometida para su nave.

Pero Derek y el capitán Feiner no se dormían, prepararon en pocos momentos media docena de cohetes, retardando ahora el mecanismo de disparo a veinte segundos, y así, una vez estuvieron listos, el joven corrió de uno a otro, pulsando cada vez el botón de encendido.

De modo sucesivo, con escasísimos intervalos, los cohetes partieron en medio de un silencio absoluto, cruzándose con dos o tres más de los que nos lanzaba Villa, que estallaron no muy lejos de nosotros, despidiendo al espacio una enorme cantidad de rocas y piedras pulverizadas.

Transcurrieron unos segundos interminables. De pronto, una cegadora llamarada brotó en el espacio, a un centenar de kilómetros de distancia, en tanto que varias rayas rojas seguían trazando su siniestro recorrido, habiendo fallado el blanco. Sin embargo, estimé suficiente que con que sólo uno de los «Jatos» hubiera alcanzado el objetivo estaba conseguido lo que queríamos. (¿He dicho queríamos? Perdón; ellos lo querían, porque eran humanos.)

Pasó un buen rato, durante el cual no ocurrió nada más. Derek vino hacia mí entonces y me palmeó efusivamente los hombros. Allison me hubiera besado de muy buena gana si no se lo hubiera impedido la escafandra de vacío. Eran unos momentos aquellos en que nos considerábamos ya libres de todo peligro.

Sin embargo, ninguna afirmación podía ser más gratuita que ésta. No habíamos pasado el peligro todavía, porque de pronto me di cuenta de que lenta, pero fácilmente perceptible, la nave enemiga, al parecer sin rumbo, se aproximaba a nuestro asteroide. Y de sus chorros se escapaban unas vacilantes llamitas azules que no prometían nada bueno.

—Va a caer aquí, encima de nosotros —dije, calculando en una décima de segundo su trayectoria.

—Debemos hacer algo para evitarlo. Sus motores están inestables, y si estallan de nada nos servirá haber derrotado a Villa —exclamó Derek.

—Hay un medio de conseguirlo —terció inesperadamente Mackenzie.

—¿Y es? —inquirió el joven.

La barbilla de Mackenzie señaló hacia la nave.

—Ir al encuentro de la montaña. Aunque ésta viene hacia nosotros, ahora no nos conviene tal acercamiento. —Y ante el asentimiento general preguntó—: Capitán Feiner, ¿tiene usted propulsores individuales a bordo de la «Pocahontas»

Feiner asintió, pero entonces Derek detuvo a su amigo.

—No puedo consentir que hagas tal cosa, Jim. Esa nave estará encima de nosotros antes de un cuarto de hora y...

Di un paso hacia adelante.

—No se hable más: iré yo. De todas formas —agregué, chancero—, sólo soy un «robot» y como yo los hay a miles.

—¡No! —gritó Allison—. Kabé, no consentiré...

—Vaya, vaya —intervino Mackenzie—, optemos por la solución intermedia. Iremos Kabé y yo, ¿qué os parece?

—Por mí, encantado —asentí—. Pero aprisita, o de lo contrario ya no tendremos tiempo de hacer nada.

Sin esperar a más, y acompañados por el propio Feiner, corrimos hacia uno de los cables de anclaje, por el cual trepamos convertidos en arañas humanas (ellos, yo no). Feiner buscó en el pañol correspondiente los propulsores individuales, y apenas nos los hubimos sujetado a la espalda firmemente, los pusimos en marcha y

partimos a toda velocidad hacia la nave, cortando la órbita que la llevaba hacia el asteroide.

No tardamos mucho en llegar. A poca distancia de ella ya, vimos la causa de que sus tripulantes hubieran cesado en el fuego. Un enorme boquete a la altura de la esclusa de estribor, producido por el impacto directo de uno de los «Jatos», había provocado la instantánea disipación del aire atmosférico contenido en el interior de la nave, causando destrozos enormes imposibles de reparar, no sólo allí mismo, sino en cualquier astillero astronáutico. Aquella nave era un derrelicto[4] inservible para otra cosa que no fuera la misma chatarra.

En su interior, y horriblemente deformados por la espantosa, aunque brevísima agonía porque habían tenido que pasar, estaban los cadáveres de Villa, Higgs y sus otros dos compinches, Macpherson y Bremer. Estaban convertidos en sendos bloques de carne helada, petrificada, y no me atreví siquiera a tocarlos por temor a que se me partieran en mil pedazos en las manos.

Lancé un suspiro.

—Esto se ha acabado —dije—. Ahora sólo queda ya una cosa por hacer.

—Dos, dirás mejor —oí la voz de Mackenzie a mis espaldas.

Me volví. El amigo Jim estaba frente a mí, dirigiéndome una perversa sonrisa que, en silencio, decía muchas cosas, y todas ellas muy claras.

Puse en marcha el circuito del disimulo.

—¿Dos ha dicho, Jim?

—Sí. Una de ellas es lanzar la astronave al espacio, para que se pierda con los cadáveres de estos estúpidos que no supieron hacer las cosas como tenían ordenado.

—¿Y la segunda?

—Destruirte a ti, Kabé —dijo, sacando de repente una pistola, con la cual me encañonó firmemente.

No pude por menos de emitir una sonrisa de ironía.

—Para ser un humano, tiene usted mucho miedo a un «robot», Jim —dije.

—Tú no eres un «robot», Kabé, aunque en realidad lo seas. Eres mucho más inteligente y, por lo tanto, más peligroso que el común de los mortales, y por eso te voy a destruir.

—Me halagan tales elogios, Jim —dije, inclinándome levemente—. Observo, sin embargo, que al hablar de mi próximo fin, emplea una expresión muy acertada. Ha dicho «destruir» en lugar de «matar». Le felicito sinceramente.

—El objetivo es el mismo, Kabé. ¡Qué más da destruir que matar? ¿No se corta así el hilo de una existencia, ya sea humana o robótica?

Miré pensativamente la negra boca del cañón de la pistola que empuñaba mi ex amigo.

—Supongo —dije— que con la misma mató a su esposa, ¿verdad, Jim?

—¿Eh? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién diablos te lo ha dicho?

Volví a inclinarme.

—Uno, dentro de su modesta condición de máquina, más o menos pensante y locomotora, suele sacar sus deducciones y obrar en consecuencia, Jim. Supuse por primera vez cuando la señora Hartdow vino a vernos al astropuerto de la Chandmack, que usted y ella ya se hablan visto antes en alguna otra ocasión… y acerté, efectivamente.

—¿Cómo lo supiste, maldito Kabé?

—Muy sencillo, Jim. La señora Hartdow, aunque ya estaba cerca de los cuarenta, todavía poseía el suficiente atractivo para hacer volver la cabeza a los hombres. Y usted no la miró ni una sola vez, lo contrario de Derek, que casi parecía embobado. Esto no era normal en usted, y la cosa, naturalmente, no dejó de extrañarme.

Una fría sonrisa apareció en el rostro de Mackenzie.

—Muy bien, Kabé. Y… ¿dónde nos habíamos visto Joan Hartdow y yo?

—Me lo dijeron en el registro de matrimonios, Jim. Joan usaba su nombre de soltera en lugar del de Mackenzie, que era el que le correspondía por su matrimonio con usted.

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Por qué has callado?

—Porque quería llegar al fondo del asunto. Porque, aunque no puedo

hacerle daño a usted, por ser un humano, sí, en cambio, puedo evitar que usted se lo haga a mis amigos, como está tratando de hacerlo todavía. Este golpe le ha fallado, Jim; pero volverá a intentarlo. De aquí a la Tierra hay mucho camino y ya pensará el medio de deshacerse de ellos… para quedarse solo con el fabuloso negocio que supondría la puesta en órbita de un asteroide como el que han tenido la fortuna de hallar. Pero yo no podría callar más, aun haciéndole daño, y tendría que delatarle como asesino de su propia esposa, la cual quería hacerle volver a su lado.

»Usted abrigaba la esperanza de que Derek acabase, por su pobreza, renunciando a Allison, y tal cosa no le convenía. Por eso la asesinó. Por eso Joan Hartdow estaba esperándole en el hotel y quería estar a solas con usted, habiendo dado orden de que no se la molestara en absoluto, atendiendo los deseos de su marido que no quería ser interrumpido en la entrevista. Por eso mismo ella tenía tanto empeño en viajar con ustedes a Marte, con la esperanza de, durante el viaje, recobrar el cariño perdido. Toda su fortuna estaba en el cheque que les firmó, y si más hubiera tenido, más hubiera dado por recobrarle a usted, Jim. Ella le amaba y usted la asesinó.

»Es la primera vez que insulto a un humano, pero aun corriendo el riesgo de que se me funda algún circuito, no dudaré en llamarle canalla, Jim. Sí —agregué, tratando de concluir—, un canalla redomado, que visitó a Allison, apoderándose en un descuido de su anillo, para, ante nuestros ojos, hacer recaer las sospechas del asesinato sobre la muchacha. Así, además, la chantajearía y luego, mediante ese secreto, la obligaría a casarse con usted. Ande, dígame que miento, Jim. Dígame en cuál de mis palabras hay una mentira… si es que la encuentra.

Los dientes de Mackenzie chirriaron en una diabólica mueca de furor.

—Todavía no está todo perdido para mí, Kabé. Volveré a empezar y…

—Contratará a otros asesinos como los del monorueda, como los de la limpiadora de arena, como Villa y su comparsa. ¿Es eso lo que quería decirme, Jim?

—O lo haré yo solo. Esto me ha proporcionado muchas experiencias, ¿comprendes? Y ahora mismo…

Vi en sus ojos la decisión de disparar. La bala me alcanzaría en algún punto vital, provocando una serie de cortocircuitos en mis mecanismos, que me destrozarían todo el interior de mi organismo.

Me dispuse a saltar a un lado, pero no fue necesario.

Algo rugió de pronto en las entrañas de la nave. Uno de los motores escupió grandes cantidades de material escindible, provocando un momentáneo desequilibrio del aparato. Los dos perdimos el equilibrio y rodamos confundidos con los muertos.

En tanto me incorporaba pude arrojar una mirada sobre el cuadro de control, y mis circuitos se pusieron a punto de estallar viendo que la aguja del detector de radiactividad rebasaba ya ampliamente la línea roja del limite de seguridad. Aquello podía reventar de un momento a otro, pues el plutonio seguía lanzando neutrones sin cesar en busca de masa crítica. Y cuando esto se produjera…

Recobrando el equilibrio, miré en torno mío. Vi a Jim tumbado de lado, inmóvil, y le supuse atontado por algún golpe recibido. Dudé unos momentos, pero mi duda fue breve: era un humano, cualesquiera que fuesen sus defectos, y mi robótica obligación era socorrerle y preservarle de todo daño en cuanto fuera posible.

Antes de salir de la nave, sin embargo, busqué en los indicadores los chorros correspondientes a los motores aún intactos. Puse éstos en marcha, desviando el aparato de la trayectoria que seguía, y luego cargué con el inconsciente Mackenzie, dejando allí la pistola, que para nada le servía.

Di todo el gas a mi propulsor individual, alejándome rápidamente de aquel derrelicto que era una bomba atómica y que, como tal, estalló a los sesenta o setenta kilómetros de distancia con una llamarada que devastó la oscuridad del espacio en un ancho círculo.

Pero las tinieblas no tardaron mucho en volver. Ni yo en llegar al asteroide, pero antes de aterrizar me había dado cuenta ya de que Mackenzie no era más que un cadáver en mis brazos. Al voltear la nave, su traje espacial había sufrido un rasgón y por allí, al mismo tiempo que se le escapaba el aire vital, había penetrado el frío absoluto del vacío sideral.

En medio de todo, me alegré de lo sucedido. Nadie tenía por qué saber lo ocurrido entre Jim y yo y estimé preferible que sus amigos le llorasen, en lugar de reprobar su memoria. Están mejor así las cosas, creo yo, ¿no?

* * *

El cielo se pobló de innumerables luminarias cuando los «Jatos», incendiados a la vez, dejaron escapar miles de toneladas de energía por sus escapes, fijando la órbita del nuevo satélite con que a partir de aquel momento iba a contar nuestro planeta. Hubo el consiguiente júbilo y alguien sacó, sabe Dios de qué misterioso escondite, un par de botellas de champaña con el cual los humanos (¡qué asco ser un «robot»!) se dispusieron a celebrar el feliz acontecimiento. Hubo uno, sin embargo, que refunfuñó bastante, Ellis, porque sostenía la teoría, acertada por otra parte, de que el champaña debe beberse y no sorberse con una cañita, como tenía que hacer en aquel recinto carente de gravedad.

Por cierto que durante nuestro viaje de regreso la Intermundial Robótica hizo nuevas ofertas a Ellis, pero éste se permitió enviarlos al diablo, porque había aceptado el cargo de administrador general de la Chandshute, que éste era el nuevo nombre de la Compañía bajo cuyos auspicios iba a comenzar la explotación del asteroide.

En la Tierra, por supuesto, hubo también una gran conmoción cuando los periódicos dieron la gran noticia. Pero yo reservaba todavía otra y ésta si que convenía mantenerla en silencio.

La divulgué únicamente en presencia de los dos jefes de la Chanshute, Derek y Allison, y su administrador. Efectivamente, no se podía lanzar aquello a la publicidad, so pena de provocar una enorme conmoción en los medios financieros y bolsísticos.

Con uno de aquellos pedruscos en la mano me acerqué al feliz trío y dije:

—Derek, convendría que estudiase esto, por favor.

El joven me miró, extrañado.

—¿Por qué, Kabé?

Lancé un par de suspiros, imitando muy bien los humanos.

—Mi robótica obligación —contesté— es proteger de todo daño a los hombres. Ahora bien, es obvio que un casino donde se juegue no les causa mucho beneficio que digamos, opino yo, ¿verdad?

—¿Adónde vas a parar, Kabé? ¿Qué haré si no?

—Mire, jefe; en lugar de un casino establezca un sanatorio para cardíacos. No, no me mire así; ya sabe usted que los que tienen fatigado el corazón viven mejor en lugares con menos gravedad, porque, naturalmente, el trabajo de la víscera es mucho menor.

—¿Y qué diablos haré yo con ese sanatorio? ¿De dónde sacaré ese dinero?

—De aquí —dije, señalando el pedrusco.

—¿De... aquí?

—Sí —afirmé—. Mire y fíjese bien, jefe. Hay al menos un quince por ciento de oro puro en el asteroide, y todos los indicios señalan que la distribución del mineral aurífero es uniforme.

—¡Un quince por ciento... de mineral aurífero! —exclamó Derek, asustadísimo. Allison había perdido el color y Ellis parecía borracho.

—Exactamente, jefe. Por eso digo que no conviene divulgar el asunto, para así no reducir el valor del oro al del simple papel de periódico. ¿Qué ocurriría en la Tierra si, de repente, se supiese que tenemos bajo nuestras plantas un asteroide con nada menos que ochenta mil toneladas, kilo más, kilo menos, de oro? No sacaría usted ni para los gastos, y así, haciendo la extracción poco a poco...

Me callé de repente. Ninguno de los tres me escuchaba, porque las noticias que acababa de darles habían sido demasiado fuertes para ellos y habían perdido el conocimiento a una. Y como allí no había gravedad permanecían en pie, con los ojos cerrados, con la respiración como único signo de vida.

Sacudí la cabeza.

—¡Humanos!—dije desdeñosamente—. Parecen fuertes y presumen de ello; pero no les envidio. ¡Estoy mejor siendo un simple hombre mecánico, un «homo mechanicus», en suma!

FIN

[1] JATO: *Iniciales de las palabras Jet Assist Take off. Son unos cohetes suplementarios que se instalan bajo las alas de los aviones para darles una fuerza de impulsión suplementaria o cuando están sobrecargados, para facilitarles el despegue.* (N. del A.)

[2] *Lo que se manifiesta aquí es absolutamente verídico, excepto, claro, en el final de la investigación, que es supuesta por el autor, porque todavía no ha sido concluida. Si Dr. Tombaugh, por encargo del Ejército de los Estados Unidos, está dedicado íntegramente a la búsqueda de ese supuesto satélite de la Tierra, que ya Julio Vane predijo, cuyo hallazgo, es fácil suponer, ahorraría por completo la construcción de una estación en el espacio. Pero los resultados hasta ahora obtenidos, como puede fácilmente comprenderse, están envueltos en el más impenetrable secreto militar, sin que se haya divulgado el menor dato de dicha investigación hasta ahora, (N. del A.)*

[3] En 2161, el M.C.R. (Mando Central Robótico), entidad paramilitar que fabricaba y controlaba los «robots» con aspecto humano, fue disuelto, creándose, en su substitución, numerosas sociedades privadas dedicadas a tal rama de la industria. Una de las más fuertes es la citada, a la cual pertenezco yo. Posteriormente a la disolución del M.C.R., las sociedades dedicadas a la fabricación y explotación de los «robots» firmaron un convenio, por el cual se comprometían a no vender nunca un «robot», sino solamente a alquilar nuestros servicios. Se comprende; así ganaban mucho más dinero, y los dividendos que repartían entre los accionistas, más elevados. (Nota de Kabé, el «robot»,)

[4] Derrelicto: *Mar.* Buque u objeto abandonado en el mar. (nota del corrector)